

**ISOLDA
PRADEL**

**RAÍCES
DE LA POESÍA Y
PROSA DE
OSCAR CASTRO**

207111

RAÍCES DE LA POESÍA Y
PROSA DE
OSCAR CASTRO

Ediciones Fundación Oscar Castro Z. - Tomo III

Biografía de Oscar Castro Z. escrita por su viuda,
Isolda Pradel, en Mayo de 1999.

Derechos Reservados

«**Comarca del Jazmín**», de Oscar Castro Z.

Inscripción N° 54.785

Editor : René Leiva Berríos - 1.000 Ejemplares.

Impresos Offset Bellavista Ltda.

Constitución 75 - Fono 7775618

Impreso en Chile

*«La poesía no es otra cosa
que la voz de los humanos,
la angustia y la armonía de
la tierra resonando en la
soledad de un hombre».*

O.C.Z.

Éramos tres las alumnas que estudiábamos recitación para llegar a ser buenas actrices. Por lo menos así decía nuestro profesor.

Un día Dilve, una de mis compañeras de estudio, me entregó una hoja de revista que traía un poema titulado «Tierra de los Caminos». Bello poema, pero estaba incompleto. No tenía el nombre del autor. Me gustó tanto que lo incluí entre las poesías que teníamos en estudio. Desde ese momento la búsqueda del autor se convirtió en una obsesión; tardé algunos meses en tener noticias de él; pero al fin llegaron. Nunca pensé que estaba tan cerca de mi casa, es decir, donde vivían mis padres en Rancagua.

Tampoco imaginé que ese fragmento de poesía abriría un camino en mi vida. Pero no el camino que yo deseaba. Tampoco fue un camino sino un paréntesis que guardaba muchas sorpresas.

Fue un camino no soñado, ni menos esperado.

Las noticias que llegaron a mí, respecto al fragmento, fueron vagas de todas maneras decidí seguir la búsqueda sola.

Mis padres vivían en Rancagua, eso facilitaba mucho mi tarea. Además, Rancagua era un pueblo minero y pequeño. Todos estos detalles me dieron la seguridad de que encontraría el poema completo.

En Independencia, calle principal de Rancagua, encontré un local separado en dos; un lado lo ocupaba un señor que vendía discos musicales y en el otro se vendían libros.

- Esta es la librería que me dijeron. Pensé.

Entré con mucho cuidado al establecimiento. El vendedor y el cliente conversaban muy interesados, el tema de un libro que el vendedor no tenía.

- Ya le digo, el libro es muy bueno, si le interesa lo encuentra en la librería en la mitad de la otra cuadra.

- ¿Cómo dijo que se llamaba?

- El Infierno de Barbusse.

- Gracias.

- Señorita ¿en qué puedo servirle?

- Perdón, no vengo a comprar. Busco al autor de un fragmento de poema, que se titula: «Tierra de los caminos».

Guardó silencio mientras me observaba minuciosamente, un poco sonriente iba a decir algo, yo lo interrumpí.

- Disculpe, como ésta es una librería, creí que podría conocerlo además, me dijeron que él era dueño de una librería.

- ¿No sabe cómo se llama?

- Me dieron el nombre, pero lo olvidé.

- Yo conozco una persona que escribe versos, se llama Oscar.

- Sí, señor Oscar Castro... ¿Dónde lo puedo encontrar?

- Aquí, frente a usted.

Enmudecí. No supe que contestar.

- De manera que usted busca el poema completo del fragmento que usted tiene.

- Sí señor. Hace tiempo que lo busco.
- ¿Para qué lo necesita?
- Yo estudié teatro y el profesor nos pide poemas para leer y declamar correctamente, para que el mensaje del poeta llegue claro y perfecto al espectador. Por eso quiero que el fragmento esté en mi lista de estudio ¿Cómo se llama el poema completo?
- Tiene seis fragmentos, se llama «Poema de la Tierra», es muy largo.
- No importa. Quiero tener el poema completo.
- ¿Tiene usted inconveniente en cedérmelo?
- No; pero no lo tengo conmigo. Si usted puede volver para llevarse el poema completo mañana vuelva a la hora del cierre a las 7:30.

Fui al día siguiente y al subsiguiente, así hasta completar la semana. Cada día no faltó la causa para olvidar lo que yo tanto deseaba.

Después de hora y media de caminar y conversar por esas calles rancagüinas me dejaba cerca de mi casa a las nueve de la noche. Cada vez su despedida era una promesa para el día siguiente donde sí, llevaría el poema completo.

El paseo de siete y media a ocho nos daba oportunidad de ir, a través de preguntas y respuestas, conociendo nuestro entorno y nuestras actividades culturales y sin darme cuenta, poco a poco iba entrando en su vida de todos los días. En aquella semana fue relatando el por qué de cada fragmento de aquel hermoso y profundo poema de la tierra...

Oscar Castro demostraba gran interés por las actividades culturales realizadas en Santiago, sus preguntas eran interminables.

Yo, aprovechando la oportunidad de mis cortas horas de estudio teatral, me daba tono de lo poquísimo que sabía. Él

escuchaba con una atención de pueblerino con deseos de aprender y surgir.

Había momentos que temía ser sorprendida en mi representación de dama culta. En este juego estaba, cuando me di cuenta que Oscar me estaba entregando su entorno, su quehacer de todos los días.

Después de un largo silencio, hablaba de su madre. La recordaba pequeñita, siempre moviéndose entre la cocina y el jardín, debió ser hermosa de suave sonrisa y ojos verdes. Con los años, se hizo gran amiga de la perrita regalona y, con ella, cantando regaba las flores del jardín. Tuvo tres hermanas dos no muy feas —decía—, y una, morena, que lo acompañaba en sus diabluras de niño.

Hablaba de su pueblo. Del Rancagua de entonces, tierra que lo vio nacer y que él llevó en su alma con humildad y amor.

Rancagua... la recuerdo con sus calles en pleno día, cansadas de sol, sus casas con techos de tejas rojas que el tiempo puso ocre y luego las cubrió con hermoso musgo verde. Murallas bajas pintadas de blanco que daban tristeza, las piedras de huevillos de sus veredas, mil veces pisadas relucientes en tardes de sol y siesta. Sus casas y sitios, inolvidables con parrones y árboles frutales. La huerta surtía de cebollas, tomates, albahaca y ají verde.

Rancagua se moderniza... En el recuerdo se siente lejos... como un sueño...

Hoy no existen niños que vayan a la chacra a buscar choclos y porotos nuevos, para que la abuela los cocine granados...

Hoy, Rancagua es una ciudad. Aquel pueblito minero avanza rápidamente y llegará a ser el corazón grande de la SEXTA REGIÓN.

Quiera Dios que las futuras torres modernas no nos quiten las tardes multicolores que nos envía la Cordillera de los Andes.

Aquellas calles del Rancagua de entonces. Aquellos atardeceres al encuentro de la noche era como si un velo sutil nos fuera envolviendo. Su lento caminar y su voz emergiendo del silencio se escuchaba como un murmullo.

- Los viñedos, los trigales, los sauces quedaron en mis ojos de niño; en mis sueños o desvelos se acurrucaban en un rincón de mi corazón. Al día siguiente todo era mío y una alegría, sin aparente motivo, me obligaba a correr y subir de un salto, al carretón panadero de mi tío Alejandro; y nos íbamos al campo entregando el pan de cada día en la casa de cada inquilino.

¿Usted nació en el campo?

-No. Yo nací aquí en Rancagua.

¿Tiene más poesías escritas?

- Sí; pero no tienen importancia. Son temas sin valor.

-¿«El poema de la tierra» sólo se refiere al campo? ¿O a la tierra, no más?

- A la tierra no más; pero en diferentes etapas.

- Yo he leído a muchos poetas, pero todos escriben al amor, a la mujer, a la madre. Yo creo que usted es el único que le escribe a la tierra. ¿Por qué lo hace?

-Porque la amo... Porque me alimenta; por que me da la belleza, a través, de los árboles; los atardeceres. ¿Usted ha mirado el cielo en las noches rancagüinas? es de azul profundo y sobre ese azul infinito las estrellas danzan y coquetean. La tierra me manda a los oídos, a través, de las aves la música del amanecer, el ruido del arroyo, donde el agua cristalina baja de la montaña. La brisa canta y juega con las hojas de los árboles. Todo esto me lo envía, tal vez un Ser Divino, a través, de la

tierra y sus hijos. La amo porque soy de greda y algún día dormiré en sus entrañas.

Transcurrieron siete días y el tan deseado poema completo no llegó, ni tampoco yo podía seguir esperando. El día sábado le dije al poeta.

-Señor Castro, agradezco mucho la promesa, que todas las tardes usted me dijo de traer el poema que yo deseaba tener completo. Y como me he dado cuenta, que es un poco difícil obtenerlo me volveré a Santiago el próximo lunes.

Guardó silencio; me miró fijamente a los ojos y me da cuenta que los suyos eran de un hermoso color verde. Su mirada tenía una mezcla de tristeza y ternura. No tenían el brillo y alegría, como en las tardes en que fue entregando su diario vivir y sus fantasías.

-Así es que se va el lunes. ¿Se puede saber a qué hora?

-Más o menos a las dos de la tarde- contesté algo confusa: con la esperanza de que quizás, si en el último momento el poema llegaría completo a mis manos.

-Entonces podría concederme autorización para despedirme y, para el recuerdo de los últimos momentos de este Rancagua minero, le llevaría el poema completo; que en un halo de tristeza nos envolvió y los silencios fueron muchísimos más largos que en los paseos acostumbrados. Antes de retirarse, preguntó:

-¿Cómo se llama su papá?

-Manuel.

-¿Dónde trabaja?

-En la imprenta El Regional, en la calle O'Carrol.

-La conozco. Gracias.

-Más o menos a las diez de la mañana del día lunes fue a verme.

-¿Siempre tiene viaje a las dos de la tarde?

-Sí; no puedo seguir faltando a mis quehaceres, sobre todo mi estudios.

-Tiene razón, debe irse. Pero...

-Si me jura que lo traerá

Lo juro. Esta mañana, sin su permiso fui, a conversar con su papá, a la imprenta. Le hablé de un problema que tengo. Dijo que nos encontraríamos en la plaza a las cuatro y media. ¿Usted me acompañaría? Algo fuerte corrió por todo mi cuerpo.

POEMA DE LA TIERRA

1

Tierra, como si fueras mi corazón, te quiero.
Para decir tu salmo sobre ti me levanto.
Alzo la frente, pero mis pies en ti reposan.
Soy el tallo moreno en la espiga del canto.

Tierra de los viñedos, tierra de los maizales
rientes y jocundos, ancha tierra del campo,
para apretarte toda contra mi pecho duro,
alargaría en ríos melodiosos mis brazos.

Prolongación de ti, todavía conserva
tu morena humedad este vaso de arcilla.
Si el corazón desnudo cayera en cualquier surco,
te enjoraría toda de rosas purpurinas.
Tierra mía, mí tierra con olor a vendimias,
sabor del fruto dulce y del agua que bebo,
el día en que tu entraña me recoja y me absorba,
te habré devuelto sólo todo lo que te debo.

2

Tierra humilde y reseca del patio de la casa,
pintada por la sombra de movedizas parras.

Tierra sin horizontes, heredad que termina
junto a la vertical tierra de las murallas.

El sol se acuesta en ella, como un perro, a la siesta.

La luna le derrama sus linos y sus platas.

Grisés guijarros duermen junto a sus partiduras.

Sobre su rostro caen hojas y sombras de alas.

Dura como las manos del destino y la angustia,

y en la actitud divina del que sufre y se calla,

debe sentirse, cuando maduran los luceros,

fondo del pozo de la noche milenaria.

3

Tierra de los caminos del mundo entero. Tierra
hollada por las bestias grises y por los hombres.

Tierra por donde pasa la cosecha olorosa.

Polvo que va marcando la angustia de los pobres.

Franja de tierra, única de todos en el mundo,
siempre abierta y leal como una mano buena.

Predio de los poetas y de los vagabundos

que no tienen "en dónde reclinar la cabeza".

Yo me arrodillaría, y para darle sombra,

plantaría en su orilla mi huerto de poemas:

pasarían los hombres, cogerían las flores
y las irían, luego, deshojando en la tierra.

Yo, que nací desnudo y que nunca he tenido
más que un surco de angustia y un sembrado de estrellas,
pienso que si no hubiera caminos polvorosos,
no habría poseído ni una cosa en la tierra.

La codicia del hombre desdeñó los caminos.
Pueden pasar por ellos, enemigos y hermanos.
¡ Ah, si la tierra entera fuese un camino inmenso,
todos podrían ir cogidos de la mano !

4

Bajo el asfalto duro de las ciudades duermes,
escondida del sol y lejana del viento.
Tierra de las ciudades, te vendaron los ojos
para que no miraras la sonrisa del cielo.

Sufres por los trigales que no fructificaron,
deslumbrados de sol, sobre tu pecho inmenso.
Y te clavan la entraña dolorosa y mordida,
los tallos sin raíces de los postes eléctricos.

Tierra mía, los hombres te olvidaron. No sienten
tu temblor en el surco, tu fragancia en el viento.
Y ni siquiera puedes besarles las rodillas:
entre ellos y tú, está la losa de los templos.

Yo sentiré por todos. Me tenderé de bruces,
hasta que me perfumes la sangre y el aliento.
¿ En qué rincón humilde florecerá un rosal,
cuando tú seas toda de asfalto y de cemento?

5

Tanta sangre caída sobre la tierra. Tanta
vida segada cuando su aurora comenzaba.
Todo por el anhelo de poseer la tierra
y de alzar en la tierra fronteras y murallas.

Tierra escupida de blasfemias y sollozos,
de pólvora y de sangre, tierra de las batallas,
después que te mordieron y te desmantelaron
¿Cómo podrá tu entraña florecer rosas blancas?

Las manos de los muertos, las bocas de los muertos,
se apegaron a ti, sangrientas y crispadas.
Te cubrieron entera de huesos y cenizas,
te quemaron los bosques, te enturbiaron las aguas.
Y tú, piadosamente, recogiste la sangre
para elevarla al sol, dulce y purificada.

¡Oh, melodioso viaje de la savia en los troncos,
rumbo al retoño niño o a la flor deslumbrada !
Yo no sé qué designio preside tus alquimias.
Luchan por ti los hombres, tierra de las batallas.
Luchan, y no comprenden que cuando a ti se fundan,
te les entregarás, morena y perfumada.

Tierra los ojos y las manos,
 húmeda tierra el corazón,
 tierra la carne de la amada,
 tierra fragante la canción.

Tierra los cuerpos en la cópula,
 encegecidos de hambre y sol:
 tierra sufriente y dolorosa,
 tierra con sangre de Dios.

Solloza el mundo en nuestra tierra,
 y las estrellas, y la flor,
 y la palabra de los vientos
 y todo rosal interior.

Y esta tierra con que sufrimos,
 nos impide toda ascensión,
 y toda ala caída en tierra,
 se nos pudre en el corazón.

Tierra las manos de la amada,
 tierra su cuerpo de alba y sol,
 tierra sus ojos dolorosos,
 temblor de tierra su temblor
 en el instante del vencimiento,
 tierra otoñal su extenuación.

¿Será de tierra el pensamiento
 y será tierra la emoción?.

Pasaron algunos meses antes de enfrentarnos a la realidad de nuestro matrimonio. El tiempo había transcurrido extraño para mí. Oscar con su madre; yo con mis padres a una cuadra de distancia.

Oscar, conversando con un amigo acordaron juntos arrendar un caserón que, en tiempos remotos, había sido curtiembre, tenía una gran piscina donde lavaban el cuero de los animales sacrificados. Después quedó, por algunos años, deshabitado. No murió un palto; pero sí un duraznero, y varios otros árboles que acusaban de soledad, lagartijas, arañas y demases; hasta que un día se abrieron sus puertas, entró la luz, el agua y el viento anunciando severa limpieza. Unos meses de trabajo y la antigua curtiembre abrió sus puertas transformada en una escuela primaria, para los niños rancagüinos.

Durante muchos años el bullicio infantil hizo perder la siesta de los vecinos de la calle cuevas N° 73. Hasta que después de un tiempo relativamente largo la escuela optó por el descanso y el silencio para dar paso a una casa habitación con un total de 17 piezas. El matrimonio Castro y señora ocuparía el sector de las doce piezas. La familia Ortiz de Zárate compuesta de cinco personas ocupó el ala de las cinco piezas. Nosotros con doce piezas ocupamos una que daba al corredor de salida a la calle.

Era una pieza grande, cómoda; pero no teníamos nada que poner adentro. Una semana después, nuestro cuarto había cambiado completamente.

Un regalo de la hermana mayor, no pudo ser más oportuno; un catre de fierro, pintado de color verde, su forma y altura demostraba ser un objeto milenario, digno de conservarse en un museo de antigüedades; una mesa redonda y crespita, rastro de goteras que, cada invierno tenía que soportar; una silla coja que se apoyaba en la pared y evitar que nadie se accidentara.

Un mantelito bordado en un pedacito de saco harinero, muy blanco después del desmanche. Primer trabajo de mujer casada. Sobre este mantel un florero de greda, dentro del florero, un ramo de cardenales blancos y rojos cortados a escondidas del jardín de la vecina.

Así se abría el paréntesis de mi futuro. Se cansaba, lentamente, el pobre pasado de una muchacha tímida dentro de su fingida valentía y desplante. No tuvo oportunidad de pololear, ni siquiera tuvo el sueño de una novia. Menos, aún del blanco y vaporoso traje que lleva al altar. ¿Sueños de adolescente? Ninguno. Todo eso quedó atrás. Todo ese mundo gris y atormentador quedó en el pasado.

Un hombre cerró violentamente las puertas de ese mundo.

Un hombre sereno de grandes ojos verdes, de mirada lejana y triste. Tomó mis manos y sonriendo, me llevó a su vida llena de fantasías donde el dolor era lacerante porque no solamente era un dolor personal sino el de todo los seres sufrientes que él satinaba de belleza, de música y de amor.

Fue un hombre que amaba la tierra, porque la tierra creaba y sufría.

Mi madre se vino a vivir con nosotros, solucionando todo el problema de casa; útiles y dinero enviado por mi padre. Oscar entregó a mi madre el dinero para comprar mi primer par de zapatos de medio taco Cortó mis rizos que yo envolvía con un firme pasador imitando un moño; me convenció depilar mis cejas y me regaló el primer lápiz labial. En medio de todas estas transformaciones no hubo resistencia. Pasado el tiempo puso en mis manos un poema, que según él, había sido escrito cuando me conoció. Al leerlo encontré que entre el poema y la realidad había dos océanos de distancia. Pero como fantasía o como un sueño lo sentí bello.

ROMANCE DE ISOLDA

MADRINA tuya, la luna
con crinolina de rosas.

Cristalería del agua
que en surtidores se dobla.

¡Ay, telares de agua y luna
tejen tu velo de novia!

En fraguas de maravilla
¡qué cantarina ajorcas!

Eres la esposa en el día,
pero en la noche eres novia.

Si el agua con cielo y luna
quisiera volverse estrofa,

si cantara un rruiseñor
en la noche melodiosa,

si el prado azul de los cielos
soltara sus mariposas,

¡qué diadema te pondría
sobre las sienes, Isolda!

Eres mi esposa y te quiero
como si fueras mi novia.

Esta noche nos casamos.

Los juncos que el viento dobla
nos dan su consentimiento
con frases hechas de aroma.

A nuestra boda vendrán
cometas de larga cola.

Y en los jardines dormidos
darán un baile las hojas

Eres la esposa en el día,
pero en la noche eres novia.

ROMANCE DE LA BODA DE ISOLDA PRADEL

Madrina tuya, la luna,
con crinolina de rosas.
Cristalería del agua
que en surtidors se dobla;
¡Ay, telares de agua y luna
tejen tu velo de novia, ^{tremulas}
~~y luego con~~ ^{fraguas frágiles!!!}
para forjarte una ajorca!

¡Eres la esposa en el día,
pero en la noche eres novia!

~~Si cantara con risueño~~
~~en la noche melodiosa,~~
Si el agua con cielo y luna
quisiera volverse estrofa,
si cantara un risueño
en la noche melodiosa,
~~si de los prados del cielo~~
~~se bajara~~

si el prado azul de los cielos
soltara sus mariposas,
¡que diadema te pondría
sobre las sienes, Isolda!

¡Eres mi esposa, y te quiero
como si fueras mi novia!

~~Aviva en la tibbia noche~~

Esta noche nos casamos.
Los juncos que el viento dobla
~~nos dan su bendición~~
nos dan ~~el~~ su consentimiento
con frases hechas de arena.

A nuca tu boda venchan
cometas de larga cola.

Y en los jardines dormidos
darian un baile las hojas.

¡Eres la esposa en el día,
pero en la noche eres novia!

Pulen su flauta los grillos
para tocar en la boda.
Los murciélagos se visten
con una capa española.
Puñados de arroz dorado
el cielo en la fuente arroja.
El clarín de un gallo rasga
como un cohete la sombra.

Eres mi esposa y te quiero
como si fueras mi novia.

Ponte tú velo de luna,
dame tus manos, Isolda:
aquí tienes el anillo
del ensueño y de la estrofa.
Cierra los ojos y escucha
la voz del viento en la sombra;
pontífice azul, oficia:
“Ya sois esposo y esposa”.

¡Y yo te sigo queriendo
como si fueras mi novia!

No, no fue así, la realidad fue muy distinta al poema que fue un largo estudio de su quehacer y su pensar. Adivinar cuando la piel de su rostro palidecía. Aprender juegos infantiles; bolitas, volantines, trompo, etc. Sentir y comprender su silencio.

Su conversación era suave y lenta de pronto repetía una metáfora que había pasado sin ser advertida, si era un ruido, una forma, un recuerdo que de pronto se hacía presente o era ya un poema florecido. Cuando en los paseos nocturno aparecía la descripción o el nombre de alguien, era porque un cuento

o una novela estaba germinando.

El dolor, la angustia, la inseguridad estaban siempre al acecho. Las necesidades materiales no alcanzaban a ser un problema angustioso. Todo eso, alguna vez tendría su fin.

La España de aquellos días estaba envuelta en la espesa niebla de una revolución, como música de fondo se oían el ruido de tanques y metralletas; quejidos, gritos de protestas y sangre corriendo y manchando el suelo de España. Y ese dolor, de allá lejos se repetía en el corazón de Oscar, noches enteras con sus amigos, Nicomedes Guzmán, Edmundo Concha, Félix Miranda, Raúl González Labbé reformaban el mundo y la humanidad, cuando el amanecer asomaba lentamente tras la montaña, recién se daban cuenta que la discusión no tenía valor alguno, que todo era inútil. Se iban los amigos y él continuaba caminando alrededor del comedor.

-Oscar, ven a descansar un poco.

-Es difícil descansar. No puede uno desentenderse de lo que está pasando en el mundo. Imagínate esta revolución de España se va a convertir en el campo de guerra de toda Europa, ya verás.

-Pero eso está tan lejos de nosotros.

-Quizás que cosas le esperan a América Latina. No podemos, por el momento, predecir; pero la Bota puede llegar en el momento menos imaginado. Los niños ¿Te has dado cuenta? por el momento son los de España, después serán los de Europa entera, todos los niños del mundo detendrán sus rondas.

Este pensamiento fue un aviso: pronto vendría el poema:

ELEGIA POR LOS NIÑOS MUERTOS

Todos los niños del mundo
han detenido sus rondas,
todos los niños del mundo
tienen amargas las bocas,
porque otros niños cayeron
sobre la tierra española,
y hay madres que están llorando,
llorando, mudas y solas,
junto a juguetes inútiles
tirados en las alcobas.

Todos los niños del mundo
han detenido sus rondas.

Niños de carne florida,
niños de risa y aroma,
niños que hacían sonar
la flauta azul de la aurora,
niños que dormir podrían
en el vientre de las rosas,
hoy duermen, despedazados,
llenas de sangre las bocas,
los ojos llenos de sangre,
sobre la tierra española.
¡ Sobre quienes los mataron
caigan mil años de sombra!

En sus gargantas de seda
la música era redonda.
En ellos cuajaba el fruto

de España grande y sonora.
Manos que el día besaba:
las destrozaron las bombas.
Pasos que iban al futuro:
los tronchó una llama roja.
Todos los niños del mundo
tienen amargas las bocas.

¿ Quién cantará sobre España,
rondas y rondas y rondas?
Los niños muertos no ríen.
Los niños muertos no lloran .
Por ellos Andalucía
dará claveles de sombra.

Callarán las castañuelas
en manos de las manolas,
y sonará en los burdeles,
como un responso, la jota.
Todos los niños del mundo
Han detenido sus rondas.

¡ Ay, sierras del Guadarrama!
¡ Ay, campos yermos de Soria!
¡ Ay, castellanas llanuras!
¡ Ay, carreteras de Córdoba!
Todas las tierras de España
Llenas de voces que lloran.
Voces de niños caídos
Con la canción en la boca.

¡ Sobre quienes los mataron
caigan mil años de sombra!

Poco tiempo después de esta conversación la noticia del fusilamiento del poeta español Federico García Lorca. Oscar Castro, no hizo comentarios, su rostro fue empalideciendo. Y comenzaron de nuevo los paseos nocturnos con largos silencios. Tomó un trabajo extra cuya finalidad era unos pesos más para llevarme a Santiago a ver a Margarita Xirgú, que estrenaba las obras del gran dramaturgo Federico García Lorca. La poesía y el teatro de este gran creador entró a nuestro hogar con todo su arte y con toda su España.

RESPONSO A GARCIA LORCA

Llevaba el día en el cinto
como un alfanje de plata,
y en el arzón de la silla,
una guitarra gitana.

Romances de luces nuevas
se abrían en su garganta.
Los ayes del cante jondo
lo lamían como llamas.

Cuando soltaba su copla
Cantaba toda la España.

No murió como un gitano:
no murió de puñalada.
Cinco fusiles buscaron,
por cinco caminos, su alma.

Le abrieron el corazón
lo mismo que una granada.
¡Y el surtidor de su sangre
manchó las estrellas altas!

¡ Como lloraban los ríos
de España!

En ese instante indeciso
de las hembras despeinadas,
en ese instante en que el grillo
cava la mina del alba,
García Lorca, en el suelo,
con una flor colorada
condecorándole el pecho,
quedó sin canto y sin habla.

¡ Como temblaban los montes
de España!

Cuando enmudeció su lengua
no doblaron las campanas.
Nadie le trajo una rosa,
ni un verso, ni una guitarra.
Apenas el chisperío
De una estrella deshojada
Apenas la visión última
de la cal de las murallas...

¡ Como crujían los huesos
de España!

-¡García Lorca! ¡García
Lorca!— mil voces clamaban.

Preciosa, la del pandero,
danzando se desmayaba.

Brincaban, enloquecidos,
los pechos de Santa Olalla.

La casada del romance
desgarraba sus entrañas.

¡Como se rompía el alma
de España!

Muerto se quedó en la tierra,
tronchado por cinco balas.

Este año no darán frutos
los naranjos de Granada.

Este año no habrá claveles
En las rejas sevillanas.

El río Guadalquivir

Llevará sangre en sus aguas.

¡ Cómo llorará su espíritu
en las guitarras de España!

El casamiento de Oscar con una santiaguina, significó, para su madre y hermanas, un alejamiento de más o menos un año.

En el transcurso de ese tiempo se fue cumpliendo todo lo que había dicho cuando le fue entregada la libreta matrimonial.

- ¿Crees, Isolda, que esta libreta nos servirá el día que dejes de amarme?

¡Por Dios! Yo sabía que estaba recién casada; pero no sabía, con claridad, qué era lo que empezaba a suceder. Lo miré sin entender nada.

- No olvides que estamos solos para emprender el camino ignorado. Mi madre, mis hermanas, también tu madre quedarán fuera de nuestras vidas; vamos a emprender esta tarea tú y yo, estaremos solos con el cielo de este momento y el amanecer de todos los días.

No son estas las palabras exactas pero sí su contenido. Lo dijo al separarnos en el atardecer del día 25 de Marzo de 1936. Mientras caminábamos por las tranquilas calles de Rancagua. Ibamos a casa de mis padres. No sabíamos cuánto tiempo pasaría antes que el matrimonio pudiera convertirse en realidad.

La puerta de calle de la casa de mis padres, tenía un peldaño, yo debía subirlo al abrirla, así lo hice y, al volverme a él para despedirnos, quedamos frente a frente; me queda mirando, me toma de los hombros y dice:

-¿Sabes una cosa?

-¿Qué cosa?

-Tu boca queda frente a la mía...

Me da el primer beso como novia tres horas más tarde, después de la visita al Registro Civil, yo recibía el beso merecido como esposa.

Si se mira el tiempo entre el matrimonio y el regreso a la familia de Oscar, bien se puede decir que fue fácil respecto a la realidad económica.

Pero, qué hermoso era buscar la comprensión, tener paciencia, aprender a interpretar el silencio.

Caminando por las calles nocturnos captábamos, en el dormir de los seres su cansancio y su vivir.

¡Cómo fui aprendiendo de sus sueños e ilusiones! Sacar fuerzas para enfrentar una realidad, que parecía, eternamente hostil y dolorosa. Tener serenidad ante lo negativo. Aplicar en el diario vivir todo lo que se aprende en beneficio de todos.

Esperar lo positivo. Saborear poco a poco la tranquilidad esperada.

Desde niño fue formando su carácter; tomaba el camino contrario al de los otros niños; era tranquilo, tenía pocos amigos, se alejaba al intuir una mala pasada.

Su quehacer con los trabajadores, campesinos, obreros, estudiantes, fueron observados con paciencia y guardados celosamente en su corazón en un rincón de su mente. Ya llegaría el momento de revivirlos.

Y cuando llegó ese momento, montó el escenario que correspondía al tiempo que ellos caminaron sobre la tierra.

Su infancia la encuadró en una Comarca del Jazmín y Juanito permanecerá en el corazón de cada hombre que mire hacia atrás de su existencia.

Caminan los campesinos con la cabeza inclinada, apegados a la tierra y el corazón lleno de esperanzas imposibles y Oscar va con ellos en Huellas en la Tierra y la Sombra de las Cumbres.

Ricardo y Armando, dos protagonistas de Llampo de Sangre, novela preferida de Oscar. La escribió en doce días, en las vacaciones de invierno. Varias veces la leyó, la daba vueltas entre sus manos; al final la guardó en un cajón de la mesa de noche. No hizo comentarios. La guardó sencillamente.

Ricardo dejó en Rancagua, su lealtad, su dolor callado y su sacrificio.

Armando recibió de Oscar: el amor, la pasión y la nobleza que llevaba adentro.

¿Cómo entenderlo? ¿Cómo decirlo? Llampo de Sangre abrió el camino. En Lina y su Sombra, Oscar entrelíneas camina tranquilo porque el problema de Gerardo fue superado. El problema de Lina seguirá siendo el problema de la mayoría de las mujeres jóvenes.

La Vida Simplemente es... Aquí no camina entre líneas fue, la primera parte, de su «Vida Simplemente».

Las calles de Rancagua fueron recorridas cientos de veces. Noches en que las estrellas titilaban, nerviosas, esperando a la luna que, lenta, aparecía como una hoz luminosa que crecía poco a poco hasta que, convertida en un gran globo transparente, llevaba dentro a la virgen, el burrito y el Niño Jesús. Otras veces llevaba la cordillera, parecida a los picachos de la cordillera rancagüina e iba derramando en las calles un suave color de ámbar.

Todos estos detalles que pasan inadvertidos casi por todos los demás seres nocturnos. Para Oscar fueron de constante interés.

Poco menos de un año duró el divorcio de Oscar con su madre y hermanas. La madre no soportó este castigo que creía injusto y soberbio.

El primer llamado, indirecto, de su madre fue la pregunta:

-¿Fue a verte Elba? Necesita que le hagas un favor.

La respuesta fue:

-No.

El segundo llamado fue a través de Graciela la hermana mayor:

-Supimos por un amigo de mi marido, que Oscar está enfermo y mi mamá quiere saber si es cierto.

-No, no está enfermo.

La última vez fue el envío de un regalo, muy oportuno, de su madre. La respuesta no sonaba cortante.

- Gracias.

Pasaban los días y Oscar no daba muestras de querer ir a casa de su familia. Inquieta una mañana le dije:

-Oscar ¿ no crees que es tiempo de agradecer a tu mamá el rico y oportuno regalo que te mandó?.

-Sí, lo he pensado. Mandó el regalo y nada dice que vayamos a verla.

- El regalo es un llamado directo. Creo que así puedes tomarlo.

- No. Porque ella sabe que somos dos personas.

-Yo iré después contigo; cuando pase el agua turbia.

Me invitó varias veces hasta que acepté acompañarlo a ver a su madre.

Todo fue bueno. Si hubo heridas éstas ya habían cicatrizado. Lo sentí sincero. Su madre me llevó a conocer la casa, el patio, el sitio. Todo lo que había conocido en el relato que me hiciera, Oscar, en el segundo fragmento del «Poema de la Tierra».

Todo igual. El abuelo Baltazar durmiendo siesta bajo el parrón; hojas cayendo unas tras otra sobre sus rodillas; el perro durmiendo cubierto de sol y sombra, más adentro, apoyado en una de las paredes un cuarto bajo que guardaba montones de objetos diversos que fueron los tesoros de Juanito en su Comarca del Jazmín.

Nada faltaba en el cuarto.

Afuera, estaba: el patio, el jardín, el pilón; su madre y sus hermanas. Todo un fragmento del Poema de la Tierra envuelto en el recuerdo, la nostalgia y el amor.

Seis años habían transcurrido entre caídas, ensueños y angustias económicas. Angustias económicas que habían ido desapareciendo sin darnos cuenta.

Seis años que fueron los más importantes de su existencia. Fue el lapso en que puso mayor atención en la gestación de su obra literaria.

No estaba contento con sus cuentos campesinos, ni con su primera novela, Lina y su Sombra.

Deseaba algo más profundo. ¿Dónde ir a buscar ese algo que no aparecía en sus cuentos?

Las caminatas nocturnas lo llevaron al interior de sí mismo, al recuerdo, a mirar a su alrededor.

Tenía veinte años cuando lo llamó su cuñado Julio Valenzuela, esposo de Graciela su hermana mayor.

Este señor era propietario de una mina de oro en la cordillera de la costa. Casi frente a Rancagua. Necesitaba a Oscar para la oficina que atendía a los trabajadores del mineral.

Lina y su Sombra quedaron atrás. Ciertamente algo faltaba; pero se podía leer y quedar tranquilo el lector: Lina, como los hermanos que le siguieron, todos nacieron en los doce días en las vacaciones de invierno.

Poco a poco empezaron a delinearse los protagonistas centrales de Llampo de Sangre, única obra que lo hizo sufrir. Daba la impresión de un escultor trabajando la piedra. Dos personajes que debían ser uno y uno que sufría al darles vida. Como en un parto, cuyo ser se resiste, para no enfrentar la vida. Lento, tranquilo, empezó a leer los capítulos. Leía y releía; después, como si estuviese curando heridas, páginas, tras página las iba haciendo pedazos con sus dedos largos como si fuese una despedida. Hasta que un día, cansado de romper originales, optó por darle un punto final. Rápidamente dio término a los tres últimos capítulos antes de envolver la obra completa; la revisó, la daba vuelta entre sus manos; sonreía a veces. De repente me queda mirando, me entrega el paquete, me besa las manos y dice:

- Guárdala donde tú quieras.

En la prosa de Oscar, en sus personajes, está la verdad, las heridas y el dolor de un pueblo que tanto amó.

Para mitigar esta pena de los suyos deja su poesía, que nace sin pensarla, como de una vertiente: limpia, cristalina, llena de música y belleza simple, humilde; entrega su mensaje de fe, de esperanza, de amor.

Así, se forma el volumen y, con grandes esfuerzos económicos, especialmente de sus amigos del Grupo Literario "Los Inútiles", se logra editarlos.

Hizo un examen de esos seis años.

En el año 1938, muere su madre. Sólo su rostro, de color aceitunado, dice de su dolor; aparentemente tranquilo miró a su alrededor. Sus hermanas lloraban, los vecinos discutían el lugar de ser el amigo preferido de la vecina. Dio una vuelta alrededor del ataúd se acerco y me dice:

-Acompáñame, Isolda, quiero llorar.

Caminando y sin conversar llegamos al final de la Alameda de Rancagua. Muchos años antes ese lugar había sido cancha de carreras a la chilena. Lado a lado, de oriente a poniente, la Alameda entre dos acequias de agua cristalina, a un metro más o menos de distancia una corrida de árboles que no tenían hojas verdes, sino un racimo de agujas grises y punzantes; con la brisa del atardecer, al mover sus agujas, daba un sonido acerado y melodioso. Debajo de aquellos árboles, al lado de la acequia Oscar y yo, caminábamos en silencio, largo rato, de pronto, mirando el agua dijo:

-Pobre madre, tu hijo te dio mucho quehacer, como toda madre tampoco esperabas que te diera alguna satisfacción, solo sufrimientos. Tu hijo no sirve para nada.

Sus ojos verdes se oscurecieron y las lágrimas parecían cristales rotos que bajaban por sus mejillas lentamente.

En 1940 mi madre enfermó de gravedad. Oscar estaba trabajando bien.

Llegaba a casa tomaba su té, en seguida se dedicaba 2 horas diarias para escribir crónicas para el Regional, Diario de la Provincia de O'Higgins.

Los poemas no necesitaban escritorio ni hora para nacer. Nacían sin tropiezo, de su alma misma.

Se acercaban las elecciones presidenciales.

La Tribuna diario instalado en Rancagua para la jornada electoral, de don Pedro Aguirre Cerda, bajo la dirección de don Carlos Peñailillo, radical de pura cepa, venido de San Vicente, le dio a Oscar la dirección del taller. Ocupación que le sirvió para destacarse como periodista ameno, dinámico y gracioso en su columna de chistes políticos.

Su paso por el periodismo tuvo su lado provechoso, en un momento de difícil situación, podía muy bien, dedicarse a esas funciones. De los partidos políticos le quedó una amarga experiencia. Una vez le preguntaron si era radical o socialista contestó- "Yo soy pueblo." ¿partidos políticos? ¡jamás!

Terminadas las elecciones, el rector del Liceo de Hombres, lo llamó para darle el cargo de Inspector 3° y bibliotecario del establecimiento.

El hogar, ya lo dije, económicamente estaba firme, el fantasma de las necesidades materiales se había marchado sin darnos cuenta.

Así de intenso y profundo fueron seis años transcurridos.

Los sueños se transformaron. Ya no fueron ni joyas ni viajes, que tanto soñábamos, para disfrutarlos los dos, solamente los dos, juntos.

Ahora era una casita con jardín, un gallinero para que la vieja (mí madre tratada con cariño) criara pollos. Y, nosotros, viajábamos a Santiago, de vez en cuando, a ver teatro.

En esos momentos de sueños, relativamente fáciles de

realizar, le di el anuncio de la llegada de nuestra hija. Me dio una mirada directa y seria:

-No puede ser.

- ¿ Por qué no puede ser?

-Porque es demasiado hermoso.

Su alegría la guardó para sí. Su ternura, la suavidad de su trato me confundía. Dos semanas después, como prueba de alegría y amor, me entregó el poema siguiente:

INVITACIÓN AL VALLE EN QUE VIVO.

Ahora sé definitivamente
por qué camino seguirá mi planta.
Y, ante la flor que sorprendí desnuda,
estoy llorando de humildad y gracia.

Venid al valle puro en donde vivo,
venid a ver la rosa inmaculada
y el puerto de las nieves y los vientos
de donde el día levantó sus anclas.

Venid a ver al hijo del labriego
que nació con la oveja esta mañana
y a la lenta mujer que lo sostiene
con la tranquila luz de la mirada.

Venid por este pan de sentimiento
que yo reparto con mi mano clara.
Venid a recibirlo descubiertos,
porque comienza una faena santa.

Yo soy el hombre que saluda al árbol,
y a la leche y al sol que amamantan
y va rociando por el surco abierto
el dorado maíz de su palabra.

Soy el que en piedra de verdad y llanto
construyó los sillares de su casa
y en finas tablas con fulgor de luna
su artesonado de maderas blancas.

Soy el que en noches altas de infinito
sentose a descansar de la jornada
y sintió la presencia de la esposa
como una mano que bendice y calma.

Mi casa tiene intimidad y lumbre
por ese grillo que en la noche canta
y por el leño que fue llama y luego
será mazorca desgranada en brasas

Venid por este vino que a mi vaso
da su fulgor de sangre perfumada
y os diré la canción de las vendimias
que suena en las abejas su guitarra.

Venid a verme en el otoño, cuando
el aire es una tela recamada
de olores vegetales, y maduran
la soledad azul y la manzana.

Venid a mi morada en el invierno
y sentiréis la lluvia tan cercana,
tan íntima, tan fresca, tan amiga
como el canto de cuna de la infancia.

Amigos, es mi valle y mi dominio,
mi hacienda por luceros demarcada.
Os doy la mano que conduce a ella.
Y os beso el corazón con mi palabra.

Leticia Esperanza, abrió de nuevo el camino de los sueños. Estábamos seguros que la pequeña llegaría a ser una hermosa mujer de grandes ojos negros, sería inteligente y todo lo bueno y bello que Dios le había entregado, hacía nuestra felicidad completa.

Pero la pequeña nos acompañó solamente once meses y se fue como una ilusión. Quizás no fuimos merecedores de tanta dicha.

Oscar, junto a la cuna, observaba a la niña que dormía su sueño sin retorno y preguntó.

-¿Por qué Isolda, por qué?.

-No sé Oscar, no sé.

-¿Cómo que no sabes?

Su voz había enronquecido. Con la cabeza inclinada yo trataba de ahogar mis sollozos. Oscar, apretó, fuerte mi cabeza sobre su pecho; su corazón golpeaba rápido y fuerte, dijo:

-Nunca, nunca más un niño en esta casa... Nunca más Isolda.

Gruesas lágrimas rodeaban sobre su rostro tremendamente pálido.

Yo sentía que su pecho se trizaba y un presentimiento extraño, como si a nuestro hogar empezara a desgranarse, comenzó a tomar lugar dentro de mí.

Tres días después del funeral, Oscar se fue por primera vez solo al fundo de su hermana mayor; mi madre se marchó por unos días a casa, de un sobrino.

Quedé sola en mi hogar con el dolor de estos dos seres queridos y mi propio dolor.

Pasaron meses. Oscar tomó la costumbre, después de las clases del Liceo, llegar a casa a escribir un par de horas, enseguida se iba al club a jugar palitroque o al póker, otras veces, en casa se entretenía sacando solitarios y jugaba ajedrez. Lejano a toda realidad.

Se habían terminado los paseos nocturnos, hacía muchísimo tiempo. Y se iba levantando, entre él y yo una muralla helada e invisible. De vez en cuando empezó a hablarme de sus conquistas y sus razones. Razones que yo, ni él entendíamos.

Su estado de creación literaria lo sacaba de la realidad. Y en su mundo sufría la soledad propia y de la de sus personajes.

Empezaron los resfríos y aumentaron las trasnochadas. Los doctores amigos, le recomendaron prudencia con los resfríos continuados y las trasnochadas porque los resultados solían ser muy caros.

Fue a Santiago al Servicio Nacional de Salud. Después de varios exámenes los médicos diagnosticaron:

Broncoestacia y por esa enfermedad fue atendido casi un año por los mismos médicos.

En 1945, los doctores le recetaron clima y seis meses de reposo. Se fue a Machalí donde nació el poema titulado:

CLARA CONFIDENCIA

Para vivir, Isolda,
para sentir la pura voz del lirio,
hay que ir muriendo cada día.
Como la estrella al alba,
vamos perdiendo forma.
Y ya no queda
sino un recuerdo de nosotros mismos.
Surco de ala en el aire,
trazo de agua que cae.
Nos fundimos
en el ser de las cosas, en el claro
fluir de las corolas.
Ya no somos.
Pero, verdad perenne, nos recoge
la gran mano de Dios. Y ya vivimos
en esa desnudez de lo divino
que no puedo decir.
Vive la espiga,
el cardo, el ala, todo
lo que la carne quiso, en ese vuelo
hacia siempre. Mi forma vegetal
sobre la mansa tierra;
mi espíritu con Quien tiene los ríos
fluyendo de su voz. Mi esencia pura

con aquel cuyas flechas
encienden el lucero.
Si pudiera
quemarme y disolverme; si me fuera
concedida la gracia de caer
hacia ese mar de luz
del que soy una gota; si lograra
tirar en el azul mi pez de sueño,
entonces ¡ qué tranquilo mi sentir!,
qué florida mi paz!
mi decir ¡qué sencillo!

Isolda, llevo alegre de jacintos
la palabra de sol atardecido.
Si me sientes
en un temblor de musgo todavía;
si mis palabras van hacia tu vida,
sin forma casi de pensar humano;
si es que miras venir mi lenta muerte
y deseas hablar de lo que digo,
resolviéndote en lágrimas,
es que ya estás más cerca de ti misma.
Es que ya estamos
más cerca de nosotros.
Es que ya ahueca
su fino pecho Dios para dormirnos.

Volvió a casa después del tiempo indicado, con las mejores intenciones. Su aspecto renovado y dispuesto a cuidar su salud y organizar sus actividades.

Pero el destino dijo otra cosa.

En el invierno de 1946, a pesar de los cuidados volvieron los resfríos. Regresó al Servicio Nacional de Salud en Santiago, no fue aceptado por no haberse presentado para los exámenes correspondientes.

¿Qué había sucedido?

En ese tiempo Oscar dictaba clases de Castellano, doce horas le había concedido la Dirección del Liceo, para aumentar un poco su sueldo.

En los exámenes de fin de año escolar el profesor de Castellano no consideró el curso de Oscar porque no era profesor titulado.

Después de muchos trámites se consiguió Comisión del Ministerio de Educación y los alumnos fueron aprobados.

Lo único que deseaba Oscar era irse del Liceo de Hombres de Rancagua.

Hernán Vera Lamperein, profesor de historia del mismo Liceo, había sido nombrado Rector del Liceo Experimental Juan Antonio Ríos, en Santiago. Le ofrece el cargo de secretario y fue aceptado de inmediato con un gran suspiro de alivio.

Las famosas cartas enviadas como dijeron los administrativos del Servicio Nacional de Salud, no se encontraron en ninguna parte. Todo esto ocurría mientras Oscar terminaba su traslado a Santiago.

Después de esa búsqueda inútil de los mentados avisos, Oscar volvió con la esperanza de ser recibido por la Preventiva.

No fue posible. La tuberculosis, estaba en toda su intensidad y, para la enfermedad declarada no había atención médica.

El Liceo Juan Antonio Ríos ubicado en la Comuna de Quinta Normal donde se encontraban una cantidad de industrias, hizo mal a Oscar. El humo y el frío sirvieron para que la

^{desco}
Idos, ^{desco} quisiera estar sola junto a las quietas fosas.
Los muertos, bajo tierra; la mañana es hermosa;
el aire huele a hierbas, a hojas y aguas vivas.
Los muertos, en la muerte hasta el fin de los días...
Mi cuerpo ágil, un día será igual a estos cuerpos;
mi frente, cual la surca; mis dos ojos desiertos.
He de cumplir este acto solitario y celsate,
yo, que no dormí sola en mis días terrestres.
Todo debe morir, todo debe estar quieto:
la boca, la mirada, el desco y el beso.
Ser una triste cosa de silencio y de sombra,
mientras la primavera verde y blanca se espesija,
~~humedecida de oro, de savia humedecida.~~
~~y estalla, humedecida de savia y de oro~~
y, humedecida de oros y de savias, ^{se levanta} asciende.
¿Y en, como yo tengo, el corazón tan tenue, lleno
de placer y ^{inútil} ~~esperanza~~, de ensueños ~~y de esperanzas~~ ideales
y nunca enternecerse con el alba que nace,
sino estar en reposo por una eternidad!
Y otros vivos, gozosos y alegres han de estar.
~~Y seguirán los amores en pos de las muchachas,~~
~~El fin de las muchachas seguirán los varones,~~
^{si serán} ~~siguirán~~ las fuentes, las nubes y los hoces,
y el color delicado y fugaz de los meses.
Mas yo no veré nada, porque estaré en la muerte;
yo no podré gustar el sabor de la vida;
pero aquellos que lean mis páginas escritas,
al saber que vivieron mis ojos y mi alma,
hacia mi sombra riante y clara como limpiara,
venderán, ~~de corazón y de los corazones pesados,~~
pues darán mis cenizas más calor que sus vidas.

enfermedad se agudizara. Además, en la Casa del Profesor, el concesionario lo ubicó en una pieza que quedaba sobre la cantina donde los clientes se retiraban a altas horas de la noche. La cama dejaba muchísimo que desear. La pieza, en general, era incómoda y mal tenida.

El día 12 de Septiembre entra al Hospital El Salvador con muy buen ánimo.

Pensó que estaría muy bien que las ambulancias sacaran a los enfermos de hospitales a un paseo por la ciudad, al menos una vez al año.

Decía:

- La sensación es única. El enfermo cómodamente, acostado en una limpia y blanda camilla. Se abre una ventanilla del vehículo y se ve a la gente que pasa rápido y llena de vida, en su diario quehacer, sonriendo, quizás si cantando.

“El enfermo que mira desde el interior del vehículo, también sonríe pensando que falta poco para que él haga lo mismo “.

“Mientras tanto la muerte le acaricia una mano “.

El tiempo que Oscar permaneció en el Hospital, pasaba los días tranquilo, esperando la respuesta de la Editorial ZIG-ZAG, donde había dejado Llampo de Sangre para su publicación.

Hizo proyectos para su futuro.

El Presidente de Chile, en ese tiempo, don Gabriel González Videla, visitó algunas veces a Oscar; la última vez llevó buenas noticias. Los médicos que atendían a Oscar le habían avisado que muy pronto le darían de alta; que el presidente pensaba enviarlo a Suiza, por el clima favorable a su salud. El trabajo que se realizaba era fácil, podría reemplazarlo su esposa, por lo tanto no había de qué preocuparse.

Mientras tanto, yo buscaba la estreptomocina para su segundo tratamiento. Entre otros trámites iba a la Editorial para llevarle buenas noticias sobre su novela.

La buena noticia, no resultó.

El Gerente de ZIG-ZAG, devolvió los originales de Llampo de Sangre porque según él, la novela era pornográfica.

Nada dije a Oscar, Llevé Llampo de Sangre a casa.

Yo esperaba el medicamento con angustia. La fecha de la segunda etapa se acercaba rápidamente. Todos sus amigos del grupo Los Inútiles estaban confundidos. Pablo Neruda, en viaje ultra rápido fue a Argentina en busca de la medicina.

A su regreso, Oscar ya no estaba.

Doblaba yo, la última página de Arco de Triunfo de Raine María Rilke y le miré, dormitaba tranquilo, casi sonriendo. Quise acercarme, abrió sus ojos y suavemente dijo:

-Tienes mucha vida, no me toques. Seguí observándolo, retirada un poquito, de él.

-Volvió a abrir sus tristes y grandes ojos verdes y con el gesto de un beso me dijo bajito:

- Todavía no.

Estaba sereno, tranquilo. Hizo un gesto para que me acercara, dijo:

-A los cuarenta años voy a escribir teatro para ti. Así quedará atrás un poeta y nacerá un dramaturgo ¿Qué te parece?

-Dos días antes de su viaje me entregó su último poema.

AL FONDO DE UN PERFUME

Al fondo de un perfume tú vivías.
La noche abría sus azules puertas
para que yo volara en tu recuerdo
con el delirio de una abeja ciega.
Al fondo de un perfume tú vivías.
Yo cerraba los ojos para verte,
y de mi alma surgías, temblorosa
como la gota de agua entre las redes.

¡Cómo te alcé sobre mi vida inútil!
En mis cumbres de amor, amanecías.
Irisada de luz, en una lágrima
al fondo de un perfume tú vivías.

Alta luna, celeste compañera,
en mi valle de amor, agua y caricia,
cuando mi corazón pliegue sus alas
y se llenen mis ojos de ceniza,
yo he de volverme flor para decirte:
“Al fondo de un perfume tú vivías”.

Oscar escribió en Rancagua, para el mausoleo de un amigo, la siguiente estrofa:

Aquí la puerta se abre de lo desconocido
y comienzan los reinos del silencio y la paz.
Si has vivido luchando te quedarás dormido
si soñando has vivido, aquí despertarás.

Con el transcurrir de los años y grabado en el recuerdo, quedó este epitafio que, por siempre acompañará al poeta en su viaje sin retorno hacia la Eternidad.

Tirándole la solita manilla, el picaporte *Isolda Pradel*

leugua, y luego, al soltarla, suena y asoma, fría, como si gustase un helado invisible. Juanito fue estudiado mucho esta jugueta oscura de la puerta. Descarta sacarlo y ver qué tiene por dentro, descubrir el maravilloso resorte que produce aquel sonido. Se le figura que en el interior de esta cajita debe existir un organismo infinito, muy distinto del que vive en nuestro mundo físico, despanzurrado tres días atrás para resolver el problema de su funcionamiento.

La primera sensación que tiene Juanito cada mañana

COMARCA DEL JAZMIN

JUANITO DESCUBRE EL MUNDO

Corchuelo, sí, Corchuelo, dice Juanito lentamente, haciendo jugar el picaporte de su pieza. El picaporte es como un pequeño animalito metálico y chirriante. Tirándole la colita amarilla, el picaporte esconde la lengua, y luego, al soltarla, suena y asoma, fría, como si gustase un helado invisible. Juanito ha estudiado mucho este juguete oscuro de la puerta. Desearía sacarlo y ver qué tiene por dentro, descubrir el maravilloso resorte que produce aquel sonido. Se le figura que en el interior de esta cajita debe existir un organismo inédito, muy distinto del que tenía su payaso músico, despanzurrado tres días atrás para resolver el problema de su funcionamiento.

La primera sensación que tiene Juanito cada mañana

es el rumor del picaporte. Siempre despierta cuando la lengüeta metálica se esconde para que pueda girar la puerta. Entonces asoma la cabeza de su madre, y él cierra los ojos con rapidez. Los instantes que su madre tarde en recorrer el espacio que media entre la puerta y el lecho, son para él de dulce indecisión. Suenan sobre las tablas los pasos afelpados de sus babuchas caseras y al fin está cerca de él, sobre él, su presencia caliente y amiga. En torno de su madre hay un aura tibia que le besa el rostro antes de que los labios cariñosos lleguen a tocarlo. Prefiere la suavidad de ese contacto invisible antes que la caricia misma. Por eso no levanta los párpados. Si cediera a la tentación, desaparecería el encanto y ya no conseguiría sentir esa zona que envuelve a su madre. Esto sucede cuando ya sus hermanos se han ido a la escuela, cuando por toda la casa transita el silencio en las patas de Cholo, el gato negro y peludo. Afuera se alarga el patio luminoso, manchado por las hojas del parrón. Más allá queda

la cocina, país de humo y de oro. Y, al fondo, el huerto verde y profundo. El huerto llama cada mañana al Juanito. Soplan los tallos su flauta clara y fresca para encantarlos. Alzan las azucenas sus copas espesas de fragancia. Revuelan mariposas amarillas, rojas, huidizas. Toronjil y cedrón, ruda y malva, romero y albahaca. Todo un mosaico de aromas que flotan, flotan, formando colores. Para Juanito, el perfume del romero es azul; el de la menta, celeste; verde-amarillo el del cedrón.

Cor-chue-lo, sigue diciendo Juanito a cada rumor de picaporte. Viene entonces la madre para advertirle que su taza de leche se enfría. Este llamado lo separa de su juguete, y diciendo por última vez Cor-chue-lo, se dirige al comedor. Allí hay una taza humeante y un trozo de pan de oscura corteza. La leche es un mar blanco, espeso, tranquilo. El niño echa en él, para romper su monotonía, un pedacito de pan que flota un momento y se apega a los bordes de la taza. Junto a la

primera, cae otra corteza tostada. Y ya la taza es un océano donde se libra un combate naval. Dos embarcaciones pelean. Una lleva una bandera de diez colores. La otra, un trapo oscuro. A Juanito le interesa que venza la primera. Por eso, levanta la cuchara y golpea suavemente el líquido. Se levantan ondas blancas y ambas embarcaciones se estremecen y chocan. Primer ataque. Ha sacado ventajas la bandera negra. Pero el capitán de la otra nave es inteligente y ordena una temeraria maniobra. Un segundo golpe de cuchara distancia más a los rivales. Un tercero los hace juntarse de nuevo. Esta vez va en ganancia la bandera multicolor. ¡Viva! El entusiasmo de Juanito no mide la potencia del cuarto golpe y la leche le salpica a la cara. El pequeño se irrita. Coge a los dos rivales en su cuchara y los engulle. Que sigan el combate en su interior. Y para que tengan agua de sobra, allá va un gran sorbo de leche.

Juanito sale al patio. Bajo la sombra del parrón, en su silla de paja, dormita, caída la barba blanca sobre el pecho, Baltasar, el abuelo. El niño pasa por frente a él en puntillas y atraviesa el huerto. En vano alarga sus manos el romero para detenerlo. En vano le manda mensajes el viento, impresos en fino papel de mariposas. Algo más intenso lo lleva, retenida la respiración, suavísimo el paso, hacia un punto que él bien conoce. Al final del huerto, pegado a una tapia con grandes grietas, hay un reino encantado que muy pocas veces ha podido explorar, por expresa prohibición del abuelo. Es un cuarto en que el anciano guarda sus tesoros. Hay allí grandes tarros, barricas desvencijadas, útiles de labranza, tiestos llenos de objetos imprevistos. Como en el cuento de Alí Babá, es necesario franquear una puerta que por fortuna está sin llave. —Sésamo, ábrete—. Y las manos de Juanito se hunden, febriles, en el primer tiesto. Tropiezan sus dedos con heterogéneas cosas: hebillas de hierro, clavos de bronce

de dorada cabeza, semillas de colores, láminas de metal, argollas y otras mil baratijas cuyo nombre desconoce nuestro explorador. Corcel apresurado, el corazón le late tumultuoso en el pecho. Aquellas cosas deben tener un incalculable valor. Si en ese momento viniera el gigante, no tendría el niño un mago bondadoso que lo hiciera desaparecer. Debería enfrentarse resueltamente a su destino y no se siente capaz. El gigante es su abuelo. El pequeño lo ha investido de terribles poderes. Con una sola inflexión de su voz, el gigante podría transformarlo en piedra. O en lagarto. Mejor en lagarto, porque las piedras no se mueven y son grises, frías. En cambio, los lagartos, ¡qué rapidez tienen! ¡Y cuántos colores! Juanito conoce los lagartos. Los ha visto en las estampas de un libro grande que tiene su hermana, y también en el huerto, sobre las tejas. Es decir, no lagartos verdaderos: lagartijas más bien. Pero qué importa. Deben ser iguales. Claro. Después las lagartijas crecen y se vuelven lagartos.

También los gatos se convierten en tigres al hacerse más viejos. Por supuesto que debe pasar un tiempo largo: cien años cuando menos. Entonces se van a la selva y rugen. Rugen como un volcán. Y echan llamas por los ojos. Con estas llamas se alumbran el camino de noche. Cuando hay incendio en la montaña, es que los tigres están hambrientos y le han prendido fuego con los ojos.

Pero no es hora de divagaciones. Ahora Juanito tiene la obligación de examinar su tesoro antes que se despierte el gigante. Aquí hay un artefacto raro que clava como un puercoespín. Juanito lo saca con cuidado y lo analiza, temeroso de que tenga vida propia. Es un objeto de metal amarillo con una especie de carretel erizado de púas. Junto a este carretel hay muchas laminillas delgaditas, algunas de las cuales están quebradas como los dientes de una peineta. Convencido de que aquello es inofensivo, Juanito lo da vueltas entre sus manos. ¿Para qué servirá? Se le ocurre que aquí

deben moler el trigo en los molinos. Pero no. En el molino que él conoce hay unas piedras enormes, redondas, con un hoyo al centro. Ha visto dos en la puerta grande de afuera. Y en ellas le dijeron que se movía el trigo entonces aquello debe de servir para otra cosas. Está dispuesto a dejarlo en su sitio, dándose por vencido, cuando sus dedos hacen girar el rodillo. Dos o tres notas agudas surgen de allí y se quedan vibrando en sus oídos. Repite la experiencia y el aparato deja oír notas más cálidas. Prosigue su juego, y ya son los compases de una música fina, desvaída, balbuceante. Siguen los dedos interminablemente y las notas se repiten, se alejan, vuelven, se posan como pájaros en el corazón de Juanito. El niño está deslumbrado. Aquello debe valer mucho. Por lo menos un millón de pesos. Pero él tiene que llevárselo, no puede dejarlo allí. Más tarde, el gigante cerrará con llave la puerta y ya no habrá manera de cogerlo. Juanito se entreabre la blusa y desliza el artefacto a ras de piel. Siente su frío

contacto y el cuerpo se le engranuja por el lado izquierdo. La emoción lo paraliza por algunos momentos. Aquella empresa es demasiado grande para él. Si lo sorprenden, tendrá que restituir su tesoro, y eso le resulta terrible. El trofeo le pertenece. Lo descubrió él. Los héroes de los cuentos nunca tuvieron escrúpulos de conciencia. Les bastaba dormir al dragón o vencer al gigante para que las piedras preciosas y las princesas les pertenecieran. Y él ha pasado frente al gigante dormido sin despertarlo. Tan estupenda empresa merece un premio: lo lleva consigo. Debe defenderlo con su propia sangre si es preciso. Inicia Juanito el retorno con mil precauciones, aunque tratando de conciliar éstas con su categoría de héroe. Abandona el cuarto y no vuelve la cabeza de inmediato hacia el lugar en que está su enemigo. Mira al suelo: allí encuentra la raíz de un duraznero. Suben sus ojos por el tallo, lentamente, estudiando sus rugosidades. Se detienen en una ramita, en un nudo, en un brote reciente. Cuan-

do sus miradas han alcanzado suficiente altura, las hace resbalar de súbito hacia la silla del abuelo. Allí está Baltasar, en postura idéntica a la de antes. El niño se tranquiliza, echa una ojeada a su blusa, palpa el objeto que lleva debajo y comprueba que el bulto no es demasiado visible. Coge entonces una ramita caída en el suelo y avanza mirándola. Es una ramita seca y recta, suave al tacto. Esta será su vara de virtud. Con un signo de ella, conseguirá mantener el sueño del gigante todo lo que sea necesario. Avanza, avanza. Ya no median sino unos pasos e entre él y su abuelo. Entonces alza la ramita y dice como para sí mismo: «Duerme, duerme». El abuelo da una cabezada que le derriba la testa blanca hacia la derecha. Entreabre los ojos cenicientos, sin ver el mundo, bajo la sombra de sus cejas espesas. Juanito se paraliza, la vara de virtud detenida en el aire. Su vida entera, en ese instante, es una vibración como de frágil cristal a punto de romperse. Pero el abuelo torna otra vez a su sueño con renovada pla-

cidez. Juanito mira la varilla con desconfianza y no vuelve a levantarla. Tiene demasiado poder y su choque podría matar al gigante. Ya está junto a él, frente a él. Oye su respiración acompasada y no puede apartar los ojos de aquella figura durmiente. Lo vigila con todos sus sentidos, seguro de que si dejara de mirarlo el gigante se alzaría terrible y acusador ante él. En ese momento, el objeto se mueve bajo su blusa y le martiriza la piel del vientre. Es un cilicio cuya tortura trata de evitar hundiendo cuanto puede la barriga. Más las púas tenaces prosiguen su tarea de vengadoras, y el niño debe hacer esfuerzos para no lanzar un gemido.

Aquella primera, experiencia le dice a Juanito que todo lo bello se consigue, con dolor . Sin embargo, él no podrá aprovechar la lección, pues aún es demasiado pequeño y la vida no ha tenido tiempo de endurecerlo. La trayectoria desde donde se halla su abuelo hasta su pieza es una tortura para Juanito. El la soporta

heroicamente. Salió herido del combate con el dragón. Todavía siente, viva, quemante, la sensación de su dentellada en el cuerpo. Pero aquí está la puerta. Inútilmente el picaporte estira y encoge su lengüecilla. El niño no la ve: algo más grande acapara todo su interés. Junto a la cama entreabre su blusa y aparece el tesoro intacto. Juanito tiene rasguñada la piel del vientre, pero se da por feliz de haberse salvado de aquella aventura con tan escasas heridas. Se queda contemplando el misterioso rodillo y luego se asegura de que nadie vendrá a interrumpirlo. Su madre está en la cocina. El abuelo sigue durmiendo. Tiene por lo menos una hora de libertad absoluta. Una hora suya que el pianito maravilloso llenará de melodías encantadas. Lentamente primero, con mayor ligereza después, hace girar el rodillo. Cada plaquita metálica, al ser levantada por la púa respectiva, entrega un sonido clarísimo. Es como si lloviera música en gotas. El pianito canta, canta. Y el niño, embelesado, no se fatiga nunca de

dar vueltas al rodillo. Tin tin, tan, tin... Bailan todas las princesas de los cuentos, con largos vestidos hechos de pétalos y de estrellas. Tin, tin, tan, tin... Juanito recuerda la lluvia. Así cae sobre los árboles, sobre las casas, sobre el agua de las chacras. Tin, tin, tan, tin... El Gato con Botas, y Caperucita, y Pulgarcito y Blanca Nieves danzan al compás del pequeño instrumento. Tin, tin, tan, tin... El dragón se adormece, llora el gigante, el ogro terrible deja de perseguir a los niños, para escuchar la melodía. Tín, tin, tan, tin... Viene Simbad el Marino, viene Alí Babá con sus cuarenta ladrones, acude Aladino a través del bosque haciendo bailar la sombra de los árboles con el azul reflejo de su lámpara maravillosa.

Tin, tin, tan, tin...

A Juanito le nace, lentamente, un alma musical y esplendorosa. Baila su corazón entre un huracán de mariposas, pedrerías y flores.

EL HERMANO

A Juanito le ha preocupado siempre la puerta fría y vertical del espejo. Ese espejo grande del ropero que hay en la pieza de su madre. El espejo prolonga más allá de la pared, en un espacio inexistente, la habitación. El mismo aparece viviendo al otro lado, en ese mundo de penumbra y fulgor. Es decir, él mismo no: alguien que se le parece y que usurpa su personalidad. Porque Juanito no puede haber más que uno en el mundo, como hay un solo Baltasar, su abuelo, y un solo Javier, su hermano. Por más que el otro niño del reflejo haga sus mismos gestos y muecas, Juanito desconfía de él. Un día lo sorprenderá con algo imprevisto, dejándolo en ridículo. Mientras tanto, se entretiene en charlar con aquel doble suyo.

-Tú también te llamas Juanito, ¿no?

-Tú lo has dicho: me llamo Juanito.

-Y haces todo lo que yo hago, como si tu ocupación

única fuera adivinar mis movimientos.

-Exactamente. Y tú nunca podrás sorprenderme, porque conozco todo lo que piensas.

-Entonces no eres más que un mono.

-Eso es lo que te imaginas tú.

El movimiento de los labios del otro coincide siempre con el de los suyos. Pero dicen cosas distintas. Y se comprenden sin dificultad.

-Tú no puedes hacer una cosas que yo hago.

-A ver qué cosa tan difícil ha de ser ésa.

-No puedes gritar.

-¿Cómo que no?

-No. ¡Aaaah...! ¡Uuuuuh!

-...

-¿Ves? Mi voz la escuchan todos. La tuya no suena.

-Si estuvieras a este lado del espejo, me oirías.

-Eres estúpido.

-Y tú, tonto.

-Un día te romperé las narices.

-No te atreves; te pegarían,

-Ya verás.

-No puedes.

Juanito sabe que no puede y da vuelta la espalda. Presente que su enemigo lo está observando. Tiene la clara impresión de sus pupilas fijadas en su nuca. Torna la cabeza con rapidez y encuentra la cara del otro. Juanito saca la lengua. El enemigo saca la lengua. Juanito abre la puerta y sale. Su enemigo se habrá quedado por ahí, fuera del alcance de su mirada, para aparecer apenas él entre. Conoce ya todas sus tretas y no desconfía de encontrarlo dormido un día. Porque aquel estúpido también debe dormir. Será divertido verlo llegar con retraso, frotándose los ojos, avergonzado. Hasta ahora no ha tenido una sola falla. Pero ya la tendrá, ya la tendrá.

Ahora el niño cruza el pasadizo que desemboca en la calle. Es un pasadizo penumbroso y fresco, adonde vienen a dar todos los aromas del huerto. Cuando se

abre la puerta de calle, los ojos sienten como una herida luminosa. Es que la casa de enfrente está pintada de blanco y reverbera con el sol. En aquella casa vive Toño, que fue su amigo. Hace tiempo, jugaba con él en la tierra de la calle. Pero un día la madre de Juanito puso repentino término a tales esparcimientos. «Tú no debes juntarte con ese chiquillo». «¿Por qué, mamita?». «Porque su madre es una perdida». Una perdida. Aquella palabra debe significar algo terrible y asqueroso a juzgar por el tono con que fue pronunciada. Pasó muchos días escuchando las conversaciones de sus mayores para ver si de ellas surgía la explicación anhelada. Nunca pudo conseguirlo. Cierta mañana, tras haber bebido su taza de leche, Juanito se ubicó en el observatorio de la ventana para ver el desfile de las gentes y de sus propias cavilaciones. Ante él quedaba otra ventana: la de la casa fronteriza. Por allí pudo ver a la madre de Toño que reía como una muchacha escapando de alguien que la perseguía por el cuarto. En los

contrastes de luz y sombra de la pieza, Juanito divisaba a trechos unos brazos desnudos, morenos, carnosos. Luego, el brillar de unos dientes blancos. El aleteo de una mano que se crispaba sobre una cabeza. El revolver de unos cabellos. Y las carreras y las risas. Al hombre no podía distinguirlo bien porque casi siempre le daba la espalda. Al fin el juego pareció cesar y la ventana cerró sus postigos.

Juanito, turbado, confuso, elucubraba conjeturas. Quince minutos después, el hombre salió a la calle. El niño ahogó un grito. El hombre era Javier, su hermano mayor.

De aquello hace muchos días. Meses, años tal vez. En la pieza de la madre hay un retrato de Javier. Es todo lo que de él queda en la casa. La madre dice que se fue. Lejos, al norte. Bien puede ser. Pero, ¿y si la madre de Toño lo hubiera asesinado? Juanito comenzó a odiar a la vecina desde aquella mañana... Es una perdida. Tiene los ojos negros y grandes, rosadas las me-

jillas, el cabello castaño, la nariz levemente respingada. Pero de noche debe convertirse en una bruja. Su madre tiene razón. Es una pérdida. «Mamá, ¿no habr^á matado a Javier la madre de Toño?» «No, hijo: te dije que Javier estaba en el norte. Se fue a trabajar para mandarnos plata». «¿Estás bien segura?» «Ayer escribió desde Tocopilla. Aquí está la carta. Te manda un abrazo». «¡Ah!». Y tras una pausa: «¿Queda muy lejos el norte?» «Muy lejos». «¿Más que el cerro de allí?» «Más lejos». «¡Ah!».

Juanito sale de la cocina rumiando aquellas palabras de su madre. Cuando él sea grande, se irá también. Más allá del norte. A un país en donde haya tesoros, minas y princesas. Retornará, ya crecido, a la vieja casa. Su madre no lo reconocerá. «Soy yo, madre: Juanito». Ella se pondrá a llorar de ternura. «Qué grande estás, Juanito, y qué buenmozo». El, entonces, irá sacando sus tesoros: joyas, telas recamadas de oro y plata, vasos dorados, monedas de extraños países. «Soy

rico, madre. Te compraré un palacio para que vivamos». Será un palacio grande, con dos torres puntiagudas y muchas ventanas. Un palacio como el que decora la portada del libro de cuentos que le trajo su tía Julia de regalo. Tía Julia es joven, morena, risueña, huele bien. Si Juanito fuera mayor, se casaría con tía Julia. Le gusta que ella le cuente historias. ¡Es tan dulce su voz, tan acariciante su mirada! Tía Julia le enseñó a leer en un silabario que tiene un loro y un ojo inmóvil y un perro con una cesta en el hocico. Pero Juanito, a pesar de todo, quiere más a su hermano Javier. Este se le aparece como un héroe deslumbrante. Cuando el hermano, tras unos meses de ausencia, retorna al hogar, Juanito abre los ojos y la boca para escucharlo. El vagabundo habla de sus andanzas, de sus aventuras, de sus estrecheces económicas. Todo subrayado con gestos aparatosos que tienen la virtud de crear un ambiente propicio al sueño y la fantasía. Javier debe haber luchado con dragones de verdad,

aunque no lo diga por modestia. El niño quisiera ser su lugarteniente, su camarada de aventuras. Desea emprender algo inaudito que lo acerque al prestigio del otro. A veces ha procurado hablar de hombre a hombre con su hermano. Pero el otro ríe y se queda pensativo. Después, cuando menos lo piensa Juanito, Javier desaparece. El infante siente su silencio por toda la casa y nota que todo es más triste, más huérfano y opaco. Así, hasta que un día amanece el sol de la voz amada. Javier está en el patio, acariciando a Otelo, el perro juguetón y lanudo. Javier está en el huerto, cavando la tierra. Javier está pensativo, al borde ya de la despedida, soñando con distantes ciudades que lo llaman. Cuando Javier está pensativo, al borde ya de la despedida, procura alejar los fantasmas. Habla al hermano, pero éste le responde apenas. El se desespera, desea llorar, gritarle: «¡Javier, Javier, no te vayas!» Una vez, una sola vez, el andariego pareció percibir este llamamiento desesperado. Estaban ambos en la puerta

de calle. Entraba la tarde con su cargamento de sedas y aromas. La calle pobre se alargaba, tortuosa, hacia el horizonte. Allá muy distante, surgían amplios potreros, procesiones de álamos dorados por el otoño, sauces de triste actitud. Y más allá, violetas sobre un cielo malva, las montañas de sinuoso perfil. Javier parecía escuchar una lejana música. Sus ojos iban como golondrinas rozando las cosas. Juanito suspendió sus juegos, al borde de un presentimiento. Allí, entre las piedras de la acera, quedáronse inmóviles las dos bolitas de cristal que hacía rodar su mano. Dos gotas de agua transparente con estrías azules, verdes, amarillas. El, pensativo, bajó las pupilas y encontró la indecisión del pequeño. «¿Andemos, Juanito?» «Andemos, Javier». Caminaron hasta donde el pueblo abría los brazos para recibir la invasión verde y dorada del campo. Frente al camino lleno de soledad permanecieron ambos en silencio, navegantes de un quieto y fresco mar. Afloraban temblorosas estrellas desnudas. Can-

taban los grillos. A lo lejos, el trémulo arrastrarse del río. Retornaron después lentamente. Juanito, turbado de manera extraña, procuraba decir cosas sensatas. El hermano le acariciaba la cabellera revuelta. Nunca el niño se sintió más torpe ni más inútil que en ese anoche. Hubiera querido confesar a su hermano cuánto lo amaba. Hubiera querido decirle que él comprendía... Pero algo se lo vedaba. Algo le ponía palabras tontas en la boca. Juanito veía con terror aproximarse la casa. Si no conseguía expresar algo conmovedor en ese trecho, el hermano se iría sin remedio al día siguiente. El lo sabía. Estaba seguro. A cada nuevo paso que daban, el desconsuelo del niño era mayor. «Javier...» «¿Qué hay, Juanito? «Ya vamos a llegar». «Claro; ahí está la casa». Era inútil. El pequeño, resistiendo la invasión poderosa del llanto, cruzó el corredor, atravesó el patio, pasó por el cuarto en donde sus hermanas hacían las tareas. Sin mirarlas, penetró a su pieza. Nadie comprendía. Estaba condenado a sufrir por

todos. Allí se veía su cama, lisa, blanca. Hundió la cara en las almohadas y un sollozo terrible derrumbó toda su heroica resistencia. Lloraba, lloraba como si todos los suyos hubieran muerto. Lloraba con igual desconsuelo que cuando le rompieron su flauta de colores. Lloraba como si en medio de una fiesta lo hubieran mandado a la cama. En la pieza contigua, Olga, su hermana, estudiaba:

– Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos...

Su voz monótona iba cayendo con suavidad de mano piadosa sobre el desconsuelo de Juanito.

...meditando. Suena el viento
en los álamos del río...

El niño entraba en el umbral del sueño. Allí aparecía otro mundo. Un mundo azul, hecho de movedizas escamas. Más allá, praderas, montañas, barcos alejándose. A veces, la voz de Javier cada vez más distante: —... oscurece... camino... añir...

El pequeño se calzaba sus botas de siete leguas para marcharse también. «Javier, Javier». Fueron sus últimas palabras antes de caer vencido. Después, las aguas quietas del silencio. Los cañaverales del silencio. Un país de bruma y olvido.

Al día siguiente, la casa estaba huérfana, sin la voz de Javier acariciándola.

ESCARAMUZA MILITAR

-Mamá...

-¿Qué quieres, Juanito»

-¿Dónde está mi papá? ¿Por qué no viene nunca a verme?

-Te he dicho que a esta hora no me molestes, Juanito. Estoy muy ocupada. Mira, son cerca de las once y el almuerzo está todavía sin hacer. Después llegan tus hermanas y empiezan todos los apuros. Anda al patio a jugar.

El niño sale, cabizbajo. Comprende oscuramente que algo le oculta su madre. Siempre pretexta cosas urgentes cuando él trata de esclarecer tan delicado punto. ¿Es que acaso Juanito no tendrá papá? Pero todos los niños lo tienen. El padre de Toño es un hombrecillo delgado, viejo, insignificante; Alfonso y Roberto son hijos del despachero de la esquina. ¿Podrá uno nacer sin papá? Es posible, muy posible. Las lagarti-

jas del huerto nacen solas: un día se encuentran palpitando sobre las tejas, surgidas sin saber de dónde. También existen las golondrinas y los gorriones. Las golondrinas se forman de viento. Y los gorriones nacen de un ramo de cascabeles. Pero éstos son pájaros. Y él es Juanito. Bueno, no importa. El es hijo de un príncipe que ahora anda por tierras lejanas, dirigiendo sus ejércitos. Marcha delante de todos, con una bandera azul y verde que colea como un pez en el viento. El príncipe ha conquistado ya muchos reinos. Cuando termine de combatir retornará a buscarlo. Se llevará también a su madre y vivirán en un palacio con grandes alfombras y arañas de cristal en el techo. A Juanito le permitirán trepar al trono –su padre debe tener un trono hecho de diamantes– y allí se pondrá una corona chiquita y azul como un lirio. Su madre está obligada a guardar silencio acerca de todo esto. Piensan darle una gran sorpresa. Pero no lo hallarán desprevenido, ¡vaya que no! Sin embargo, él fingirá un asombro enor-

me, nada más que por complacer a su madre. Juanito sabe muchas cosas. Finge, por ejemplo, no darse cuenta de que es su madre la que coloca los regalos en sus zapatitos la noche de Pascua. Y él la ha visto, aparentando dormir. Se ríe al recordar aquella vez que se levantó para revisar los regalos. Había una corneta amarilla con un cordón tricolor. El la hizo tocar, despacito, en la soledad de su pieza. Y nadie se dio cuenta. Toda esa noche durmió sobresaltado, espionando la llegada del alba. ¡Qué larga, qué larga fue aquella noche! Cuando ya cantaban las diucas, él se durmió. Y vino a despertar muy tarde, cuando el sol invadía el mundo. Pero, ¿en qué estaba pensando? ¡Ah, su padre! Su padre era navegante. Salió cierta vez de su patria en un barco enorme, con velas rojas. Su padre tenía una espada de oro al cinto. Estaba de pie en la cubierta, mirando el océano inmenso que se alargaba claro hasta el fin. El, Juanito, iba oculto entre unas cajas de conserva y sólo vino a salir a cubierta cuando el barco estaba en alta

mar. Su padre se enojó mucho, pero tuvo que llevarlo. En el primer puerto lo dejó al cuidado de su madre. «Espérame. Volveré a buscarte». El estaba muy chico, muy chico. Sabía apenas caminar. Su madre cree que lo ha olvidado. Pero se engaña. Cuando el navegante retorne, lo conocerá de inmediato. ¡Vaya si lo conocerá!

—¿Verdad, Otelo, que lo conoceré?

El perro mueve la cola:

—Lo conocerás, Juanito.

—Mira, Otelo, mi padre es muy rico. Trabaja en unas minas de diamantes. El coge un azadón y cava en el suelo. Entonces comienzan a salir anillos, collares, prendedores. Pero como es muy rico, bota los más feos y sólo guarda lo que tiene gran valor.

—Sí, Juanito. Yo también lo sé.

—¡Pero tú no conoces a mi padre, mentiroso!

—Es verdad, Juanito: no lo conozco.

—Entonces, ¿por qué mientes?

—Es que como tú lo dices, tiene que ser así.

—¡Ah! Entonces te perdono.

Juanito estaba dispuesto a castigar el descaro de Otelo.

Pero, en vista de su humildad, resuelve perdonarlo.

¡Es tan bello perdonar!

—Pero si vuelves a faltarme el respeto, te pondré de cara a la pared y te daré cinco tiros por la espalda.

—Está bien, Juanito.

—Capitán Juanito.

—Capitán Juanito.

—Así me gusta. Debes aprender a respetar a tus superiores. Tú eres un simple soldado.

—Sí, mi capitán.

—A ver, vámonos de exploración. Al frente de nosotros hay un bosque, soldado Otelo. ¿Ves enemigos?

—...

—¿Cuatrocientos, dices? Pues los destruiremos a todos. ¡Cuerpo a tierra!

La estrategia de Juanito pertenece a la más alta escue-

la. Avanza con el vientre pegado a la hierba, y el soldado Otelo, que ha comprendido, permanece inmóvil. El capitán entreabre con cuidado las ramas del romero y observa. En el huerto hay unas cuantas gallinas escarbando. Juanito coge un cañón viejo de agua potable y lo emplaza entre la ramazón de un arbusto. El enemigo, ignorante de la maniobra, continúa cavando trincheras.

—¡Fuego!

El cañón vomita proyectiles por docenas, por centenares. Diez, veinte, trescientos muertos. ¡Viva el capitán Juanito! Pero una columna enemiga se ha dado cuenta. Su comandante, un gallo de roja barbilla y espolones enhiestos, levanta la cabeza, alarmado. Tiembla su erguida cresta y mira alternativamente con uno y otro ojo hacia el sitio en que se oculta el agresor. Los proyectiles se le han agotado al capitán Juanito. No hay tiempo que perder.

—¡Soldado Otelo, a la carga!

Se levanta como un relámpago y acomete a los indefensos bípedos.

—¡Por la izquierda, soldado Otelo! ¡Córtales la retirada!

El ayudante, lleno de disciplina y coraje, arremete. Cacareo general. Vuelos enloquecidos. Plumas que salpican el aire.

Juanito, en alto un trozo de escoba vieja, tira estocadas certeras. El barullo es enloquecedor. Sobre la tierra del huerto llueven hojas y pétalos. Claveles decapitados echan su rojo pregón al sol. Otelo, enceguecido, deshace las columnas contrarias con ladridos que parecen disparos.

De pronto, la voz de la madre, dominando todo aquel heroico tumulto, viene a proclamar un solemne armisticio.

—¡Juanito!!

Detenido en su avance formidable, el héroe se inmoviliza, en alto su espada, tal si un proyectil lo

hubiera alcanzado por la espalda.

—Juanito, por Dios. ¿Nunca dejarás tranquila a tu pobre madre? ¡Qué malo, qué perverso eres, Juanito!

Los ojos de la buena señora recorren con desolación infinita el campo de batalla. Allí hay unos jazmines pisoteados. Más allá, unos rosales que recién brotaban yacen abatidos contra la tierra blanda. Una gallina negra cacarea ridículamente, lamentando su cola que decora el hocico de Otelo.

—¿Por qué habré tenido yo un hijo así, Dios mío?... Yo debía castigarte, Juanito. Eres malvado. No le tienes compasión a nadie.

El capitán ha dejado caer su espada. Se doblega dócilmente porque le habla un superior jerárquico. Ha cometido un error de táctica y debe pagarlo. Tal vez lo fusilarán junto con su ayudante. Pero la madre se contenta con mandarlo a su pieza.

—¡Y no te muevas de allí, porque entonces te daré unos azotes!

Abatida la cabeza, Juanito abandona el escenario de la sangrienta refriega. Las gallinas lo despiden con un cacareo rítmico y clamoroso. Otelo trata de escabullirse, pero la señora le atiza un golpe formidable con la espalda que Juanito abandonara en el suelo. El ayudante escapa aullando de manera completamente antimilitar. Juanito promete encerrarlo en el calabozo por tres días, en castigo por su indisciplina. ¡Ni siquiera le pidió permiso para romper filas! El no. El sabrá afrontar su destino. Juanito, te han castigado; pero venciste en la batalla. El enemigo está completamente deshecho. Trescientos muertos y numerosos heridos. Mereces una condecoración. Levanta la frente y camina hacia tu calabozo. Ya vendrán a buscarte después, para colocar en tu pecho la cruz de los héroes. Vendrán con una banda militar y con un coche tirado por ocho caballos blancos. Tu padre será el que te ponga la condecoración, delante de todos los regimientos formados. Te apretará contra su pecho, dicen-

do: «Tengo un hijo valiente como yo». Y tú le contarás la aventura con todos sus pormenores. Dos mil muertos y quinientos heridos. Yo solo, papá, porque el soldado Otelo es un cobarde. Es decir, no... Tal vez hay que disculpar al soldado Otelo. Tuvo miedo al ver herido a su capitán. Pero contribuyó a la hazaña. Tal vez impidió la retirada del ejército contrario. Quizás hirió a más de uno. Juanito no pudo verlo porque estaba rodeado de enemigos que lo hostigaban con sus bayonetas. Conseguirá con su padre que le den una cruz chiquita para ponérsela en el collar. Pero, de todas maneras, irá por tres días al calabozo. ¡Pobre Otelo! Pero no lo compadezcas, Juanito. Marcha hacia la prisión.

—Uh, don. Un, dos. Un, dos.

EL JILGUERO

Alberto, el pajarero, vive en la media cuadra. Es un hombre de unos treinta y cinco años, moreno, silencioso, de ojos inteligentes. Ocupa dos piezas, una de las cuales ha sido arreglada para los menesteres de la industria. En el barrio dicen que su mujer murió a los dos años de haberse casado y que desde entonces vive solo. Pero a Juanito no le interesan en absoluto estos detalles de la vida de Alberto. Para él, Alberto es un hombre melodioso que sabe hablar de bellas cosas, a menudo incomprensibles. Por eso el niño aprovecha cualquier ocasión para llegarse hasta la casa del pajarero. El hombre está siempre ante un pequeño banco lleno de listoncitos, alambres, menudos clavos, martillos, sierras y virutas. Adentro, en el corredor que da al patio, se siente una algarabía de trinos, piidos y aleteos contra los barrotes de las jaulas.

—¿De dónde saca tantos pájaros, maestro Alberto?

(Todos en el barrio le dicen maestro Alberto, y Juanito lo trata de igual modo aunque le choque un tanto).

—Del campo. Salgo muy de alba con mis jaulas de tor-
no y mis varillas de liga. ¿Ves? El jilguero o el zorzal
pisan aquí, y entonces esto se da vuelta y el pájaro cae
adentro.

Mientras habla, el hombre prosigue la construcción
de una gran jaula que Juanito compara, en su forma,
con un castillo. Amontonadas en un rincón, hay otras
jaulas más, de diversos tamaños, cada una pintada de
distinto color. Adentro tienen bebederos, comederos y
palitos muy pulidos para comodidad de los alados hués-
pedes que vendrán a vivir allí.

—¿Para quién son estos pájaros y estas jaulas?

—Para los ricos, Juanito. Ellos los compran y los po-
nen en sus casas, porque les gusta sentir por la maña-
na el canto de los pájaros.

Juanito no se atreve a preguntar el precio. El, natural-

mente, desearía tener un jilguero pintado dentro de su casita de alambres. Se levantaría cada mañana, antes que nadie, para oírlo cantar. Le podría agua y alpiste, como ha visto hacer al maestro Alberto. Y de vez en cuando sacaría al bullicioso prisionero para sentir en sus manos la seda de sus plumas amarillas y negras. Sin embargo, para Juanito está vedado todo aquello que más ama. Esto sucede, claro está, porque él es pequeño. Cuando sea como el maestro Alberto, se hará pajarero. Tendrá una piececita blanca para él solo y allí construirá jaulas de la mañana a la noche. Todas las paredes estarán llenas de jaulas con jilgueros, canarios, diucas y zorzales. Porque —y éste es un secreto— él no venderá sus pájaros. Los irá dejando junto a él hasta que llenen la casa y no haya un solo rinconcito donde ponerlos. ¡Cómo será de hermosa su vida entre tantos trinos! Juanito trabajará cantando, como quien navega en un río musical y puro. Y cada prisionero

tendrá su nombre inconfundible: «Celestial», «Roció», «Clarísimo», «Gandul» (Todos estos nombres son palabras escuchadas por ahí al azar y su significado es puramente melódico para el niño).

—Juanito, ¿tú quisieras tener un jilguero?

El pequeño levanta sus ojos maravillados hacia el maestro Alberto y tiembla como al borde de algo largamente esperado. No obstante, sólo sabe balbucear:

—Sí... sí...

Hay un momento de silencio. Juanito quisiera explicar todo lo que significa para él la posesión de un jilguero. Pero toda su actividad expresiva reside únicamente en sus pupilas y en sus manos. Las palabras giran dentro de su pecho, en su garganta, en su sangre. Y vuelve a repetir ansiosamente.

—Sí... sí...

Alberto, entonces, se incorpora. Camina hacia el corredor y retorna después con una pequeña jaula azul en cuyo interior revuela un jilguero negro y amarillo,

deslumbrante.

—Este es para ti.

—¿Para... mí?

—Sí, Juanito.

El niño no sabe nada, nada más. Como poseído de una fiebre deslumbradora, camina, corre, huye por la acerca mal empedrada y penetra sin aliento en su casa, apretando contra el pecho el inesperado presente. «Un jilguero, un jilguero mío», va repitiendo a cada paso. Y se encuentra de pronto frente a su madre que lo mira con gesto de acusación.

—¿Qué es eso, Juanito?

—Un jilguero, mamá... Es mío...

—¿Tuyo?

—Sí. Me lo dio... me lo acaba de dar el maestro Alberto.

Y ya está, presuroso, llenado de agua el bebedero y buscando un lugar conveniente para ubicar su tesoro. «Aquí no, porque quedará muy lejos de mi cuarto».

«Aquí lo podrían botar los que pasaran».

—Mamá, ¿dónde hay alpiste?

—Aquí no, Juanito. Lo venden en los almacenes.

El niño, detenido en su actividad febril, se queda con la jaula en alto, a punto de ponerla en una rama del parrón, y torna la cabeza. Un enorme temor, una creciente angustia lo han paralizado.

—¿Y... hay que comprarlo?

—Claro. ¿O crees que te lo van a regalar?

—Mamá, tienes que prestarme dinero. Cuando yo sea grande te lo devolveré.

La señora sonrío. Se allega al hijo y sin dejar de mondar una papa observa al pajarillo.

—Es macho— dictamina.

Juanito frunce las cejas, extrañado ante la ignorancia de su madre.

—No, mamita: es jilguero.

Ella se ríe entonces francamente.

—Sí. Pero entre los jilgueros hay machos y hembras,

como entre nosotros hay hombres y mujeres. Los machos son más cantores.

—¡Ah!

Pero a Juanito no le gusta que su jilguero sea «macho». Es feo llamarlo así. El nunca le dará ese nombre y procurará que otros tampoco lo hagan.

—Cuando lleguen las niñas del colegio mandaré a comprar semilla de cáñamo. Es más barata que el alpiste.

—Pero, ¿no le hará mal?

—No. Yo he criado muchos jilgueros.

—¿Y cuánto falta para que vuelvan las chiquillas?

—Una hora y media.

Una hora y media. ¡Cuánto tiempo! No. El tiene que hacer algo antes.

—Mamita, ¿y no se morirá de hambre? ¡Yo no quiero que se muera!

—No, tonto. Si todavía le queda un poco de alpiste. Claro que tú se lo has botado al traerlo corriendo.

Durante todo el día, Juanito va de aquí para allá con su

pajarito. Le gusta verlo tan movedizo y tan brillante. Tiene los ojos como granitos de maqui. El negro de las alas es como de terciopelo y el amarillo como de naranja lavada. Y canta como si fuera a deshacerse en trinos. Otras veces se zambulle y aletea en el bebedero. Entonces, Juanito, temiendo que se ahogue, golpea los barrotes de la jaula para hacerlo salir del baño. La madre, disgustada de tanto ajeteo, ha concluido por colocar la jaula fuera del alcance del rapaz. La ha puesto en un ciruelo del huerto, y el niño, tendido entre el pasto, sigue cuidando el pajarillo.

Y así transcurre el día.

Al anochecer, la madre ha puesto la jaula en el corredor, junto a la pieza de Juanito. Mientras el pequeño se acuesta, su oído está pendiente de lo que ocurre afuera.

—¿Por qué no canta el jilguero, mamita? ¿Se habrá muerto?

—No, hijo, no. Está durmiendo. También él tiene que

dormir como tú.

—Claro.

Y, de pronto, golpeándose la frente:

—Mamita...

—¿Qué, niño?

—¡No le hicimos cama!

—¿A quién?

—Al jilguero.

—No necesita. Duerme parado en un palito de la jaula.

—¿Y no se caerá al bebedero cuando esté dormido?

—¿Qué tonto eres! ¿Has visto tú que algún pájaro se haya caído de los árboles cuando está durmiendo?

—No.

—Entonces no hay por qué tener miedo. Hasta mañana, Juanito.

—Hasta mañana, mamá.

Cierra los ojos y los abre apenas ha salido su madre.

El cuarto se llena de pájaros que se posan en los cuadros, en las perillas del catre, en el clavo que sostiene

el calendario. Los pájaros salen de los libros, cantan al borde de su velador. El niño se cansa de perseguirlos con los ojos y con la mente. Entonces los pájaros escapan por el techo. Son estrellas, estrellas parpadeantes en el gran árbol del cielo. Juanito se va también detrás de los pájaros. Le han crecido dos alas amarillas y negras. Cruza por encima del mundo, sostenido por ellas, y canta sobre las ramas floridas. Luego, las alas se deshacen en polvo. El mismo se disgrega. Y es sólo un niño que atraviesa por el país sin sonido ni color en que habitan los ángeles.

Y tras un tiempo que, para Juanito, está fuera del tiempo, viene el alba. Primero es un gris apenas perceptible que delinea con trazo inseguro los perfiles de la cordillera. En seguida se presenta el primer reflejo del sol, todavía sumergido. Después, un viento de filo agudo se lleva las últimas sombras y sopla el lucero para avivar su fuego puro. Y ya los monos son de violeta y las cosas de substancia casi divina.

En el huerto de Juanito despliega su rosado velamen el almendro. Despiertan, soñolientos, los primeros lirios azules. La luz anda pisando el color de las rosas. Es primavera, una temprana primavera de cristales y aguas. El jilguero despierta y mira el huerto. Entonces le amanece el corazón y surgen de su garganta limonera los más puros arpegios. El jilguero cuenta el mundo en su lenguaje de maravilla. Trina el jilguero en su idioma que sólo las flores y los niños comprenden. Para traducirlo, sería preciso retornar a la infancia del sueño.

Juanito ha venido a encontrar al jilguero desde su mundo sumergido y azul. Alza las manos y pulsa el arpa invisible del trino. La melodía del jilguero se le enrolla en el alma que gira como un trompo lanzado por las manos de Dios.

EL VOLANTIN

La primavera es para Juanito el más embrujado país. He aquí que florecen los aromos y sus arañitas amarillas tejen una encantada y diáfana red en el aire. Más allá los almendros escriben mensajes rosados. Y el viento, el viento largo, fresco, río puro en el cielo. Dese las casas vecinas han salido a piruetear los primeros volantines. Verdes, azules, morados, amarillos, levantan sus banderas crepitantes e incendian de alegría el espacio. Saltan los ojos del niño por estos movibles peldaños y van por el azul ilustrándose de claridades y de vuelos. A Juanito le gusta el revoloteo incesante de estas encadenadas mariposas que habitan en un melodioso e inalcanzable clima. Cada crujido de la seda tensa, cada evolución las livianas armazones de caña y papel dejan anchas estelas en su espíritu. ¿Quién sostendrá los volantines en lo alto? ¿Quién los hará ascender, inclinarse, describir sueltas curvas? Senci-

llo y fácil misterio que él quisiera conocer de cerca, sintiendo entre sus dedos el hilo tenso que va hasta los tirantes vibradores. Pero él no tiene hilo ni dinero. Es muy pequeño para poseer uno de aquellos embrujados juguetes.

—Cuando yo sea grande...

(Sí, Juanito, cuando tú seas grande no tendrás tiempo de mirar el cielo donde piruetean los volantines. Tu mundo estará aquí abajo, sobre la tierra que pisan tus pies sin sentirla. Pero es mejor que lo ignores entre tanto. Sigue pensando que tendrás un millón de volantines y que los hilos partirán de tus manos hasta donde los ojos no alcanzan).

Sin embargo, un día se produjo lo inesperado. Al despertar Juanito, la voz de Javier estaba en el patio, gárrula y jocunda como el crecer de un surtidor. Y Javier sostenía entre las manos un volantín de cuatro colores y un carrete de hilo que deslumbraba de blanco.

—Juanito, vamos a encumbrar...

Juanito sintió miedo, miedo de que aquel volantín tan hermoso pudiera enredarse en los árboles o irse demasiado lejos. Hubiera querido decir a su hermano que lo guardasen como un tesoro o que lo elevasen solamente dentro del cuarto, bajito, bajito, para alcanzarlo en cualquier momento. Pero ya Javier extendía resueltamente el hilo y ponía entre sus pequeñas manos el volantín.

—Tenlo aquí. Cuando te diga ¡ya! lo sueltas.

Hubo un momento en que el juguete fue suyo por completo. Sintió en la yema de los dedos la suavidad de la seda y la tensión de los maderos. Los aproximó a su pecho y el latido de su corazón hizo vibrar el papel. Surgía ante sus ojos una borrachera de colores. Pero el hilo se puso tenso. Desde el otro extremo del patio Javier dejó oír su advertencia.

—¿Listo?

El niño movió la cabeza.

—¡Ya!

Abriéronse sus dedos menudos. Pasó ante sus pupilas un relámpago luminoso –verde, blanco, azul–, y ya estaba el volantín erguido majestuosamente a quince metros del suelo. Javier iba desenrollando el hilo y el juguete tomaba altura y distancia. Ya no se divisaba la juntura de los colores. Pero se oía claramente el chasquido de la seda inflada por el viento.

–Salió tranquilito. Ven a tenérmelo un momento mientras yo voy a la pieza. Sujeta la carretilla bien firme.

Le temblaron las manos al tomar el comando del volantín. Sintió miedo de que el artefacto no quisiera obedecerle, y apenas su hermano hubo penetrado en la casa, se puso a decir despacio: «No te muevas, quieto, no te muevas». Pero soplaba el viento y el volantín se removía. Entonces el pequeño tornaba a murmurar: «No, no, quieto, quieto». Sin embargo, la confianza va llegando poquito a poco. Al cabo de unos instantes, Juanito se atreve a tirar del hilo como ha visto hacer a su hermano. El volantín responde con leves movimien-

tos, se inclina hacia un lado y torna a remontarse quedamente. Entonces entre el juguete y el niño se establece un contacto afectivo. Por el hilo bajan hasta las manos infantiles las sensaciones de lo alto. Juanito siente los dedos florecidos de viento y color. El volantín es una prolongación liviana de sí mismo. Es como si la estatura del niño hubiera crecido hasta ponerse por encima de todos los humanos. Un caro regocijo baja desde los cielos inundándole el alma. Y a lo largo del hilo van las palabras en un vaivén de ascensión y caída, mientras los hombres pasan por las calles sin ver el volantín que conversa con Juanito para contarle el mundo y lo que está más allá del mundo.

El pequeño, en ese instante, no piensa. Es una pura sensación vibrando sobre la tierra. El viento junto con pulsar el hilo tenso, le humedece los nervios y el espíritu con una música fresca y azul. Fresca y azul. Gloriosa. En la iglesia ha empezado a trinar una campana, distante. Juanito es un armonio inmenso sujetando

aquel hilo por donde trepan ángeles. Si se quedara quieto, el niño podría diluirse en el viento. Ser una ola de plata que se expande junto con el tañer de la campana.

Mas, de repente, en el espíritu de Juanito hay una conmoción inmensa, negra, total, como si junto a él hubiesen roto un vidrio de un balazo. Hay otro volantín —verde, negro, naranja—, que se acerca, siniestro, silencioso, como los monstruos de los sueños. Se alzó desde la calle, sin rumor, a espaldas suyas, y ahora el hilo extraño quiere tenderse encima del que sostienen sus manos. La garganta del niño late angustiosamente, ciegamente, como un caño sensible.

—¡¡Javier!!

El grito crece, ronco, ajeno, henchido de clamante súplica. Pero ya es tarde, ya es tarde. Los hilos se han tocado en las alturas. El volantín pirata —¡pirata, pirata maldito!— desciende ahora contoneándose, colgado del hilo que se anuda al corazón de Juanito. Hay una leve

vibración, una sacudida imperceptible, y el volantín del niño, liberado de pronto, se tiende en los cojines del viento, ensaya zambullidas, remonta sin control, gira sobre su cola, hace una venia desgarbada, pierde altura, se clava como flecha y se oculta por fin tras los tejados. El hilo, roto, inútil, cae trazando grandes olas delgadas. Y el volantín pirata se remonta crujiendo, agresivo, insultante, como un gallo que pregona su triunfo.

La catástrofe ha sido tan grande, que Juanito no atina a comprender. Es como si el cielo se le hubiera derrumbado en el alma. Es como si una mano fría le hubiera descuajado el corazón.

—¡Mamá! ¡Javier!

Se le saltan las lágrimas, y el cielo, el mundo, los árboles, todo se quiebra en sus pupilas.

Acude, corriendo, Javier. Y él ya no puede más. Se derrumba en los brazos del hermano, hunde la cabeza en su pecho y allí gime, gime, como si quisiera escon-

derse de cuanto lo rodea.

—Cállate, Juanito, cállate... Compraremos otro.

No es eso, Dios mío, no es eso. Javier no quiere comprender. «Compraremos otro». El desea su propio volantín, aquel verde, blanco y azul que se aquietó en sus manos y le arrancó armonías de la sangre. ¿Adónde estará ahora? ¿Adónde irá volando, abandonado, suelto, roto?... ¡Cuánto debe sufrir su volantín verde, blanco y azul!

—Juanito...

No desea oír nada, nada, nada. En un impulso abandona los brazos de su hermano, cruza sin tino por el patio, se lanza al corredor, abre la puerta de la calle. Y el grito, cara al cielo, se le deshace en llanto:

—¡Mi volantín, mi volantín!

LA FIEBRE

A Juanito le ha parecido siempre que en el mundo hay cosas tristes que los demás no comprenden. Cosas que llaman el llanto, que traen el sollozo desde muy adentro, como si el pecho fuera una caja de opresiones que es necesario descargar. Como ese día su madre no lo ha dejado levantarse, Juanito piensa en todas las cosas tristes. Por ejemplo, en aquel zapatito suyo que se fue por el agua como una roja embarcación. Todo por un descuido. Su hermano le había dicho: «Ponte los zapatos, Juanito». Pero él los llevaba en la mano mientras iban por cerca del canal. El zapatito se escabulló como un pez, patinó un momento por la hierba delgada de la orilla y cayó luego en la corriente, hendiendo graciosamente las aguas. ¡Qué bonito era! Nunca fue más bonito su zapato que en el momento de perderlo. Pero hay otras cosas que acuden en tropel a su mente. Está, sin ir más lejos, su insignificancia de niño solita-

rio. Sus hermanos van al colegio, tienen libros, cuadernos, lápices de colores. Hacen tareas por la noche y hablan de lejanos países. Holanda, capital La Haya. Austria. Terranova. A él le permiten leer libros de cuentos. Es triste ser pequeño, pequeño como una hoja. Juanito piensa que le falta mucho para ser mayor y llora. Su madre lo sorprende con los ojos mojados. Le toca la frente y dice: «Te ha subido la fiebre. Tienes ue tomar un purgante». Su madre no comprende. No es la fiebre. Es... Eso, eso que él lleva dentro. Eso que no puede contar a nadie. ¿Por qué las personas mayores no entenderán? Pero se somete a cuanto diga su madre. En esos momentos prefiere estar solo. Y cuanto antes concluya de tragar el purgante, mejor. Ya está. «Y ahora, a dormir, Juanito». Sí, mamá. A dormir. Cierra los ojos. Ella se marcha en puntillas. Cuando el picaporte –cor-chue-lo– introduce su lengua en la ranura del marco, Juanito levanta la cabeza. Está solo. Es decir, solo no. Lo acompañan sus divagaciones.

Cosas, objetos, seres invaden la pieza, atraídos por la evocación. Así está el romero del huerto con sus mariposas. Después, Otelo, el perro. Luego, un caballito blanco que vio corriendo por un potrero. Y el agua y las nubes encendidas de la tarde. Y las ciruelas maduras, tan moradas y cenicientas. Y su hermano Javier diciéndole adiós desde un barco rojo. Desde un barco rojo que es su zapatito navegador. Pero, ¿qué lleva Javier entre las manos? Es su pianito de juguete. ¿Cómo pudo Javier descubrir su pianito de juguete? El hizo un hoyo profundo en el huerto para ocultarlo. Allí estará, humedecido por el agua de riego, sonando para los gnomos. Sí, allí está: lo acaba de ver. Pero no, sueña. Está brotando. Sí, está brotando. Las pequeñas láminas de metal son ramajes finísimos que buscan altura. Crecen también las espinas metálicas del rodillo. Le pinchan los dedos a Juanito.

El rodillo crece, crece. Ahora se pone pesadamente en marcha, aplastando las casas. El niño trata de pararlo

con una aguja que le robó a su madre. Pero el rodillo sigue avanzando. Huyen las gentes. Se derrumban los techos. Y el pianito suena, dentro del rodillo, como si fuera un campanario. En realidad es un campanario. Arriba vuelan palomas. Hay ventanales de colores. Tras uno de esos ventanales, la madre de Toño abraza a su hermano Javier. ¿No tendrá vergüenza del Niño Jesús que la mira? Juanito quisiera cubrir los ojos del Niño Jesús. Pero se lo impiden los barrotes de la ventana de su casa. Los barrotes no están fríos. Quemán las sienes de Juanito. Sin embargo, por dentro de los barrotes corre agua fresca. ¡Si él pudiera dar vuelta el grifo de una golondrina! Hacer girar el grifo de una golondrina no es cosa fácil. Hay que tener dedos de viento. Y los dedos de Juanito han engrosado hasta convertirse en las patas de una silla. Debe ser la silla que hay en el cuarto de su abuelo. Esa silla desvencijada, rota, con las pajas crecidas como barbas. En ella se sienta un gigante. ¿O es el despachero de la esquina? Se le

parece en los ojos. Tal vez el gigante le robó los ojos al despachero de la esquina. Claro: los ojos aquellos estaban en el saco de las bolitas de cristal, y el hombre los vendió sin darse cuenta. Pero el despachero está muerto. Cuelga su cabeza al borde de una cama sucia y hay sangre en los ladrillos. Tiene los ojos abiertos. Los ojos de su abuelo. Son los mismos. Juanito los conoce bien. Al hombre le han crecido las barbas. Le han crecido mucho. A la silla del cuarto también. Entonces, ¿el despachero y la silla son una misma cosa? No puede ser. El tiene que acabar con aquello. Cogerá esa espada fulgente, toda de oro, que cuelga del techo ante sus ojos. Estira la mano —¡qué pesada está su mano!— y rasguña el aire. La espada se aleja. Pero permanece ahí colgada. El niño abre los ojos. La espada es un rayo de sol que entra por una hendedura de la ventana.

El niño lucha un momento para no caer de nuevo en el carrusel violento de la fiebre. Abre mucho los ojos,

aprieta los puños para sentirse el cuerpo. Enfrente de él hay un cuadro de marco dorado. Desde el fondo del marco sonrío, blanco, refulgente, el Ángel de la Guarda. Está inclinado, con sus dos alas muy abiertas —alas de viento—, sobre un pequeño que pugna por coger una flor a la orilla de un estanque. Juanito pide el ángel que aparte al despachero y a la silla rota. Y el ángel obedece. Poco a poco pliega sus alas, y en el cuadro se abre un gran ventanal pintado de sol. Toda la pieza desaparece y Juanito se va por aquella puerta pura de la pared. ¡Qué liviano se siente! Puede caminar por escalas de cielo, pisando nubes de esponja. Arriba hay un lucero grande, temblando en su propia virginidad. Aquel lucero refulge en el pecho de tía Julia. Ella lo lleva prendido con una cadenita de plata. Si Juanito lo tocara, se quemaría las manos. Por eso le deja y prefiere sentir el perfume de tía Julia. Es como un huerto de viento y sonido. Pero no. Aquel lucero es, de pronto, el cigarro de Javier. Ese cigarrillo que vuela por los

aires hasta caer en la tierra del patio. Allí se queda humeando. Es una bomba que va a reventar. Muchos ojos asombrados se asoman a las ventanas. Y la bomba humea, humea. Desde el humo nace de pronto un gato azul que sube sin rumor al tejado y empieza a devorar la luna. La luna que surgió del cañón de la cocina como una pompa ardida de jabón. Se hace una densa obscuridad. El gato lo ha llenado todo con su cuerpo blando, plegable, gaseoso. El gato oprime las paredes, respira blandamente como las hojas en la noche, se siente su presencia jadeante y cálida. ¡Miau! ¡A... u...! ¡U... ai! ¡Ju... a-i...! ¿Jua-nito! Es una flor que clama en el huerto. Una flor vestida de soledad. Pero ¿cómo es que la flor lo conoce? ¡Ah! Es la dalia que cortó y pisoteo porque su madre lo dejó sin postre el domingo. Ahí está su pequeña cabeza en tierra, pidiendo justicia. «¡Juanito!» Está acusándolo. Sí, fue él quien la cortó y la ultrajó. Dalia. No, no. Era un tulipán. ¡Qué bien suenan las sílabas! Tu-li-pán... Tu-li-pán...

Está amaneciendo. Llaman las campanas a misa. Hace frío. Es el frío sonámbulo del alba. Tu-li-pán... Juanito va, conducido por tía Julia, a la iglesia cercana. El alba tiene olor de angustia. Suena a gris en el canto de los pájaros. El alba. Pero, ¿cuánto tiempo ha pasado? Años tal vez. Sí, muchos años. No obstante, cuando Juanito retorna de su peregrinación a través del marco —a través del ángel—, ahí están las tres de la tarde, las mismas grises tres de la tarde clavadas como mariposas con el alfiler de un arayo de sol.

Cuatro días más tarde, cuando Juanito puede levantarse, algo ha quedado atrás. Tal vez el dominio milagroso de la infancia. Tal vez el zapatito conquistador del agua. Tal vez el pianito que sonaba en la fiesta del sueño.

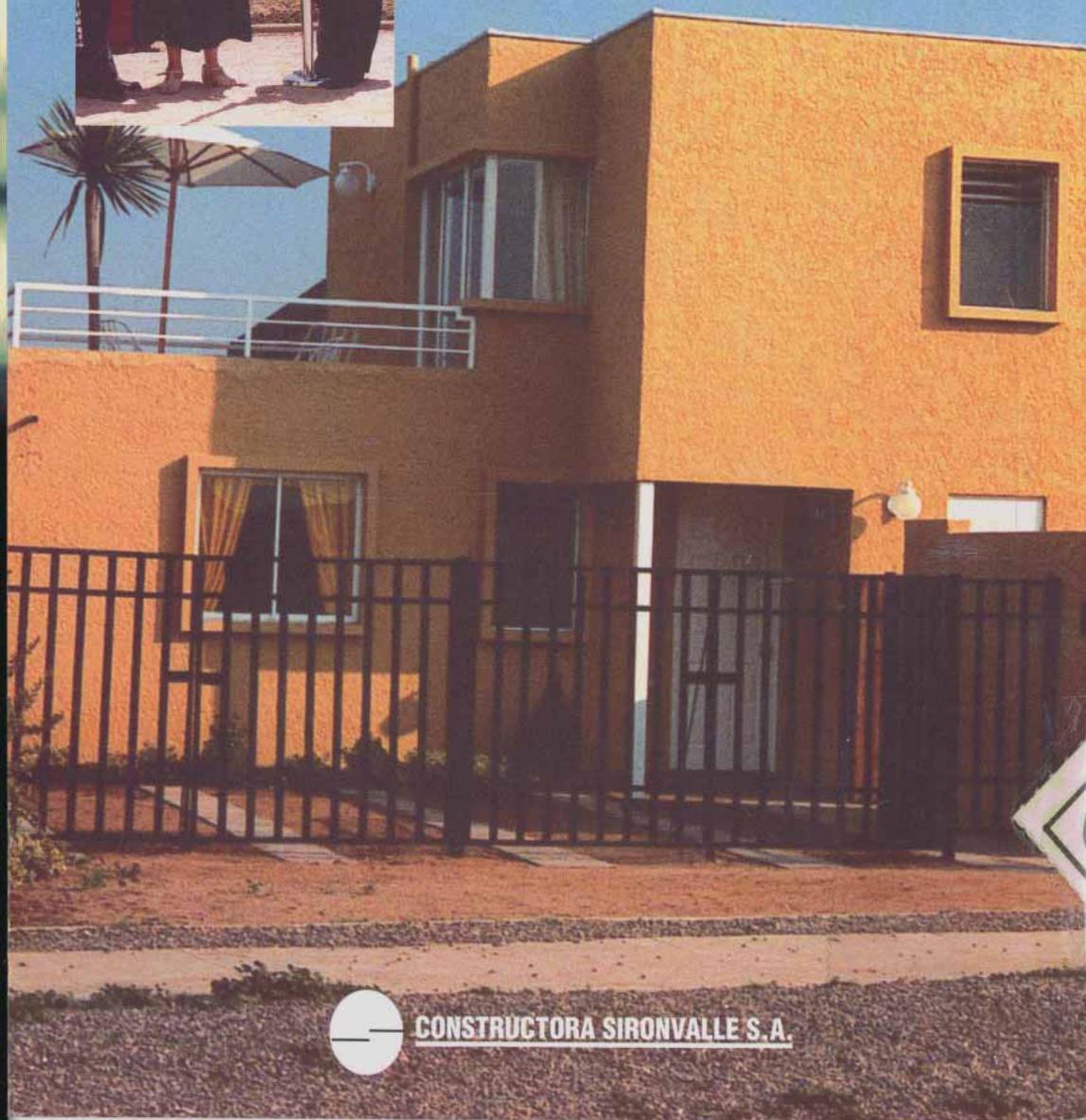
A Juanito le queda apenas entre los dedos una sedosa sensación. Una mariposa voló de sus manos. Allí está el polvo de sus alas. La vida tendrá ya otras puertas, el

sueño otros caminos, el corazón otras campanas.
Juanito convalece mirando la tierra del huerto. Allí
tiembla, desnuda en el sol, una flor que olvidó para
siempre la cárcel breve del cáliz caduco. Ayer era una
cosa como un huevo verde-gris. Hoy es una flor. Y las
abejas vuelan, melodiosas, en torno al aura de su aro-
ma.

Oscar Castro



*Inauguración Conjunto Residencial Poeta Oscar Castro Z. de Maipú.
Presencia de: Sr. Gustavo Díaz Muñoz Alcalde (s) de Maipú; Sra. Isolda Pradel
vda. de Castro; Sr. Marcelino Sironvalle Cortés*



CONSTRUCTORA SIRONVALLE S.A.